

Hedw fedw

10 CRUX, AVE,



SPES UNICAI

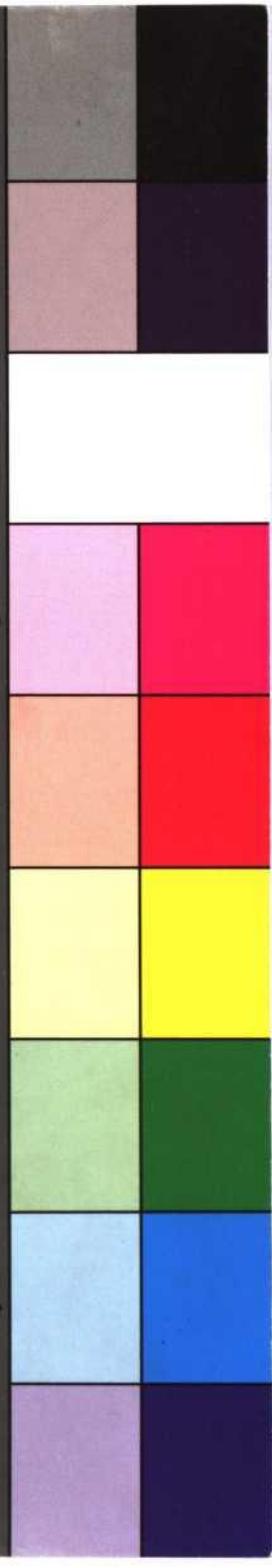
UN VIAJE Y UNA
PEREGRINACIÓN
A LIMPIAS
POR
ESPINEL
CON CENSURA

Inches 1 2 3 4 5 6 7 8

Centimetres 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

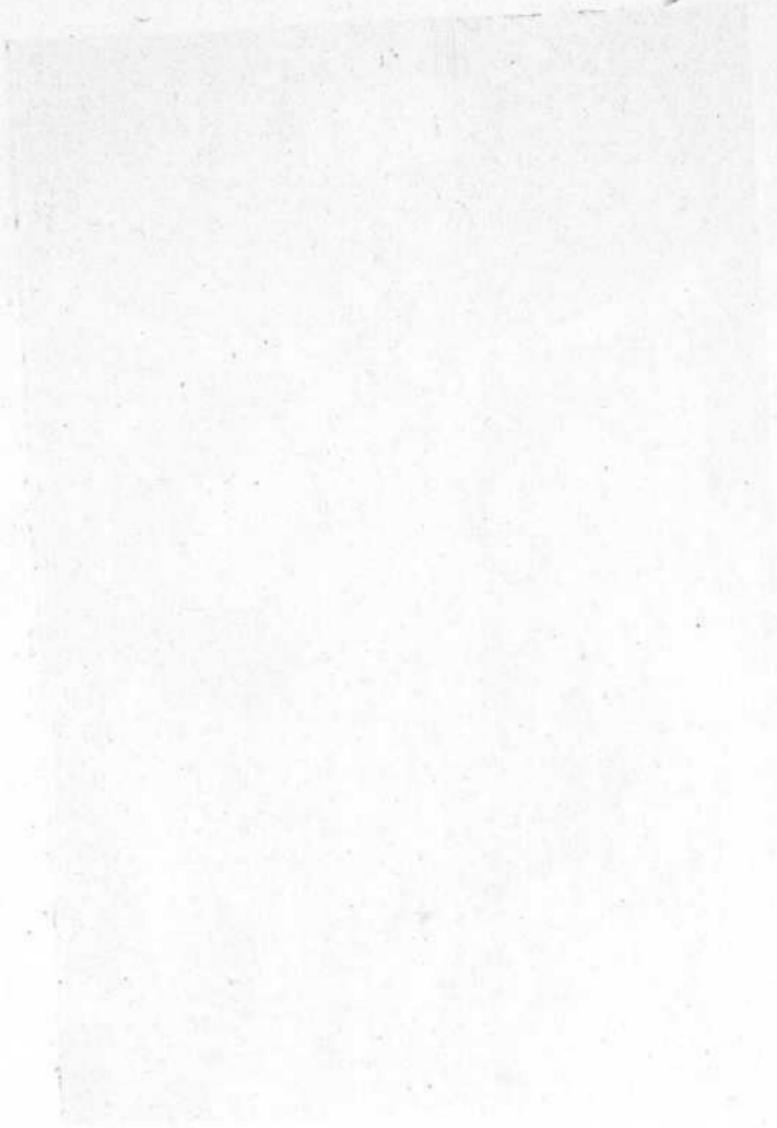
TIFFEN Color Control Patches © The Tiffen Company, 2007

Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black





JT
COM





UN VIAJE A LIMPIAS

¡O CRUX, AVE,
SPES UNICA!

POR

ESPINEL



CON CENSURA

LEÓN

Imp. Católica.—Pablo Flórez, 90

1922

*A mis buenas hermanas Benigna,
Modesta, Antonina y Magdalena co-
mo pública prenda de cariño y como dulce
estimulo de creciente amor a Jesús Cruci-
ficado, Esperanza única de salvación.*

El Autor



¡O Cruz, ave, Spes unica!

CAMINO DE LIMPIAS

Lector amigo: Si con pronta y buena voluntad te place emprender en mi compañía—no por pobre menos afectuosa—la espiritual peregrinación al Santo Lugar de Limpias, haz conmigo, ante todo, a fuer de cristiano viejo, la señal de la Santa Cruz. No te importe un ardite el necio y cobarde «qué dirán» y atiende el sano consejo que aprendimos tú y yo de niños en la cristiana escuela, a saber, que debemos usar de aquella señal divina «siempre que comenzáremos a hacer alguna obra buena», mayormente en ésta que por laudabilísimo fin tiene un acto de adoración rendida a los pies sacrosantos del Dios de la Cruz.

Sube ahora al tren que va a partir de la ciudad del Nervión, y toma asiento a mi vera, si la persona no te es enojosa.

En marcha. El día es de los señalados: el 28 de agosto, fiesta de aquel ardiente amador de Cristo, San Agustín, ornamento del humano linaje como santo y como sabio. La mañana es de las hermosas de veras. La luz fúlgida del sol matiza con vivas tonalidades valles y montes. El tren, como si penetrase nuestros deseos, más que corre vuela en movimiento vertiginoso amagando en las curvas derrumbarse en horrendos abismos.

No te dé miedo sin embargo. Contempla por la ventanilla para tu solaz el mágico panorama del paisaje: aquí claros arroyos, que saltan juguetones de peña en peña para luego trenzar sus líquidos cristales por entre marcos de lozana verdura; allí cuadros de rubios maizales que ostentan con orgullo los sedosos penachos; arriba, las montañas gigantes ataviadas como reinas con mantos de bosques y coronadas de nubes; más arriba el cielo azul, émulo del añil puro de Castilla; abajo pueblecillos risueños acá y allá diseminados, que resaltan blancos y limpios entre vegetación exuberante...

Todo ello, dí, ¿no te incita a celebrar con el Rey Profeta las magnificencias de la creación como reflejo de la gloria del Hacedor supremo?

Alaba, oh alma, a Dios. Señor: tu alteza
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente...

De allí se viste el bosque y la arboleda
y el cedro soberano,
adonde anida el ave, adonde enreda
su cámara el milano...

Tú que los montes ardes si los tocas,
y al suelo das temblores.
Cien vidas que tuviera y cien mil bocas
dedico a tus loores... (1)

Pero la conversación se anima. Es imposible sustraerse a su interés. El tema gira alrededor del Santísimo Cristo de Limpias, cuyos portentos lo llenan todo. Pongamos despierto oído, si lo tienes a bien.

—El Cristo de Limpias— habla un señor de Santurce— estaba como dado a entero olvido. Allá en un retirado templo pasó años y años tras del velo de una cortina; pero he aquí que primero unos niños, luego un pueblo, después centenares de extraños, y más tarde miles de personas— todo en poco tiempo— van cayendo de rodillas ante la sagrada imagen, y son ya muchos los que proclaman la visión real de la agonía del Santo Cristo, cuyos ojos han visto

(1) Paráfrasis de Fray Luis de León.

moverse lánguidos en señal de dolorida bendición; cuya faz han visto transmudarse en verdadero trance de muerte; cuyo cuerpo han visto estremecerse en terrible espasmo agónico; cuyos labios han visto entreabrirse y cerrarse como si exhalasen las siete palabras de la Cruz. Yo—añade—estuve en Limpias poco ha, pero no vi nada prodigioso.

—¿Tendremos la dicha nosotros de ser del número de los videntes?—insinúa un joven viajante de Salamanca, chapado a la antigua.

—¡Dios lo sabe!—contesta una señora enlutada de pies a cabeza, a quien acompaña una hija ya crecida, vestida de riguroso luto también.—Yo creo, no sé por qué—dice la señora—que no voy a ser favorecida con las manifestaciones milagrosas; ni ese es el fin principal de nuestro viaje, sinó el cumplimiento de una promesa para dar gracias al Santísimo Cristo por una gracia extraordinaria que considero como un verdadero milagro.

—¡Un verdadero milagro!—insiste la joven con convicción.

—¿Se puede saber?

—No hay en ello ningún inconveniente—responde la respetable señora.—Mi esposo (que santa gloria haya) se vió acometido de una do-

lencia por todas las trazas mortal. Él era, por desgracia, de los rebeldes; así es que más que la espina de la inevitable muerte, teníamos clavada mi hija y yo la de la aterradora impenitencia. Habíamos recurrido a todos los medios; invocado a todos los Santos, en especial, a la abogada de gracias extraordinarias, Santa Rita, de quien ésta es muy devota; mas la impenitencia se acentuaba a medida que se acercaba la hora fatal. Y he aquí que por consejo de una Religiosa le encomendamos al Santo Cristo de la Agonía, cuya imagen en estampa le pusimos en la cabecera, y ¡cuál no sería nuestro asombro al ver trocado al enfermo en contrito creyente que hizo una edificante confesión y recibió con gran fervor el Santo Viático! Por eso vamos muy gustosas, como dije, a dar gracias al Santo Cristo de la Agonía.

Nos conmueve, a la verdad, el piadoso relato; pero como a veces se esconde la serpiente del mal en donde menos se piensa, no faltó quien acogió las palabras de la noble señora con una despectiva mueca de volteriano escepticismo, exclamando a la par:

—¡Cómo anda España todavía!

Silbó en esto la locomotora con oportuna coincidencia y lanzóse a la boca negra de un

túnel arrastrando en su loca carrera la serpiente férrea del tren. Y quedó flotando en las tinieblas y en el ambiente del molesto y pesado humo la grosería de aquella persona, en quien el caballero quedó vencido por el impío. Y no se oyó más que el sordo ruido del tren...

Cerca ya de la boca de salida, al irse haciendo la claridad, un señor grave que hasta entonces no había mediado en la conversación, rompió el silencio de esta manera:

— ¡Qué asco!

¿Lo dijo por el sucio humo aglomerado en el paso del túnel, o por el grosero desplante del hombre aquél?... Lo cierto es que ante la nueva plácida visión del paisaje, le invita a la contemplación preguntándole:

— ¿Le gusta a usted el panorama?

— ¡Magnífico!

— ¿Verdad que es encantador ese pueblecillo que en el fondo de esmeralda del valle se agrupa alrededor del templo? Fijese en el campanario de corte abacial, rematado por la Cruz. ¡Qué grupo más hermoso!

La conversación va a ser llevada con rara habilidad al firme terreno de la apologética. El señor grave despierta interés creciente; pero la conversación se interrumpe por llegar el

tren al pintoresco apeadero de Molinar de Carranza.

Bajemos unos instantes, si gustas, paciente lector, y podemos admirar a placer el hermoso espectáculo que la naturaleza ofrece en este soberbio paraje, y respirar a pulmón lleno los agradables campestres aromas.



CONVERSACIÓN PROVECHOSA

Arriba de nuevo al tren; que hay ansias de llegar al pueblo afortunado. Entretanto podemos—si no lo llevas a mal, bondadoso amigo que me acompañas—seguir escuchando al señor grave que tan a tiempo terció en la conversación interrumpida, y así amortiguaremos de paso la impaciencia natural por la pronta llegada.

—Le invito a V. — prosigue dirigiéndose amablemente al hombre que tan a destiempo desentonó—le invito a V. a que contemple el repetido espectáculo que presenta cada uno de

estos pueblecillos, cuyas cándidas casas aparecen desperdigadas acá y allá en el valle delicioso, pero no muy lejos de la iglesia: que no se apartan mucho los polluelos de la cariñosa madre: ¡hermosos cuadros de paz presididos por la Cruz del humilde campanario! ¡églogas vivas que traen a flor de labios involuntariamente los ingénuos versos de Trueba, el dulce cantor de estos paradisiacos lugares:

Una heredad en el valle,
y una casa en la heredad,
y en la casa pan y amor...
¡Jesús qué felicidad!

Pues así como la cruz preside la paz de estas aldehuelas desde la humilde espadaña, así domina el bullicio de las populosas urbes desde las caladas agujas de las catedrales, y así también corona la civilización desde la cúspide de la cúpula gigantesca y majestuosa de San Pedro en la Ciudad Eterna.

Al llegar aquí se me acerca el viajante salmantino para decirme muy quedo:

—Me parece que aquel tío se ha hallado con la horma de su zapato.

—No lo dé usted vueltas—continúa el improvisado orador—el Arbol de la Cruz ha echado en el mundo raíces tan extensas y tan

hondas, que se vuelven céfiros suaves los más violentos huracanes contra él desatados. Y no hay humano poder, por fuerte que sea, que logre moverle, cuanto más desarraigarle. La Cruz se ha clavado en el mundo, como dice un escritor, a manera de enorme cuña, y tanto más se clava cuanto más forcejea impotente y rabiosa la impiedad por derribarla. Esa destructora fuerza que se llama el tiempo, que ha ido hacinando en escombros todos los imperios, reinos y repúblicas nada puede contra el imperio sin término de la Cruz, vaticinado por el mismo Cristo cuando dijo a los doctores, escribas y fariseos como argumento supremo de su misión divina: «Cuando levanten al Hijo del Hombre en una cruz, conocerán que yo soy el Mesías»; o bien: «Cuando fuere levantado sobre la tierra, atraeré a Mí todas las cosas».

— ¡Muy bien, muy bien! — prorrumpe la señora.

Y a nosotros nos dan ganas de aplaudir.

El adversario, dándose por aludido, repone con inalterable frialdad:

— ¿Y qué tiene que ver todo eso con lo de Limpias?

— Allá voy, responde con aire de triunfo el

señor que lleva la voz cantante. Usted podrá negar según le venga en talante lo que de la veneranda imagen se refiere; burlarse, si le parece caballeroso, de las piadosas personas que dan por buenos los prodigios; serán o no serán reales tales portentos; pero ni V. ni nadie, que de lógico se precie y no tenga empañado el brillo de la inteligencia por el vaho de la pasión, ni V. ni nadie puede poner en tela de juicio el milagro sin réplica del reinado universal de Cristo desde la Cruz, el *regnavit a ligno Deus* que canta la Iglesia. Porque una de dos, argüiré parodiando el célebre dilema de San Agustín: o Jesús Crucificado ha obtenido su imperio universal con milagros o sin ellos. Si con milagros, hay que caer de rodillas proclamándole Dios y hombre verdadero, porque los milagros son el sello de las obras de Dios; si sin milagros, ¿qué otro milagro mayor que querer y lograr ser tenido por Rey y por Dios un *Crucificado*? Y si Cristo es Dios, como lo es, ¿a qué negar su poder de hacer los prodigios que de la imagen de Limpias pregonan con juramento centenares de personas? ¿Ni a título de qué viene el mofarse de los fieles que los creen?...

—Muy bien, muy bien— asentimos todos,

menos el aludido que dando la callada por cómoda respuesta, se vuelve hacia la ventanilla, y como que nada va con él se pone a echar el agrio humor viendo correr los postes del telégrafo.

El simpático y jovial viajante vuelve a frotarse las manos y decirme al oído:

— Que vuelva el tío por otra.

La distinguida señora de Bilbao y su hija rebosan satisfacción y agradecimiento por el éxito de la defensa, y el señor de Santurce, a quien pide con insistencia le lleve a Limpias un hijo que le acompaña, promete complacido darle gusto de vuelta de Laredo, término de su viaje.

Y tú ¿qué dices, lector complaciente? Tengo para mí que pones un pero al señor grave: el de que sin ser cura haya puesto paño al púlpito y nos haya endilgado un sermón en el tren. Mas bien miradas las cosas, no hay lugar al reparo: un poco de sermón como preparación a la entrada en Limpias, no encuadra del todo mal; y por otra parte, el rapapolvo al incrédulo le vino bastante bien.

Pero ¡calla! ¿Qué animación inusitada es esa y qué gentío es el que baja del tren?

— Como que están ustedes ya en la estación de Limpias— nos dice el señor de Santurce.

— ¡Gracias a Dios!

EL PUEBLO AFORTUNADO

¡Limpias!...

Asomémonos por la ventanilla. Allí tienes, de frente el lindo pueblo, lector. La perspectiva no puede ser más encantadora. Habrá desde la vía, a ojo de buen cubero, unos dos kilómetros. Comparten la belleza del valle ameno unos frondosos maizales y una ancha ría, prolongación de la de Santoña. El pueblo, en lo que se alcanza a ver, aparece tendido por una alegre colina salpicada de arboledas. En lo alto del promontorio se alza un torreón y detrás se yergue altiva una pintoresca montaña. Las primeras blancas casas, diseminadas entre huertos, parecen espejarse en las tranquilas aguas de la ría. En suma: aquello semeja el fondo de una decoración de artístico «nacimiento».

—Pero ¿y la sagrada morada del Cristo prodigioso?—te oigo preguntar.

Por lo que me dicen, se halla oculta, como un tesoro, entre el montículo y la montaña. Pronto la veremos. Ahora date prisa para ba-

jar del tren que se ha quedado casi vacío. Sígueme de cerca, porque apenas puede darse un paso: tal es la aglomeración de gente que ha puesto pie en tierra. Los primeros momentos son de confusión. Mientras unos se agolpan a los coches, otros, y son los más, se disponen a recorrer la distancia que nos separa de Limpias, en el humilde caballo de San Francisco. Ea, aprovechemos ese vehículo seguro, si lo tienes por cosa acertada. ¡Andando! La espaciosa carretera que cruza el valle y salta la vía por medio de sólido puente, va cuajándose de policromada muchedumbre. Es una verdadera y nutrida peregrinación sin ser día de ella. Da gloria contemplar el espectáculo: ¡qué animación! ¡qué semblantes! ¡qué compenetración de afectos espoleados por el mismo religioso anhelo!

— ¡Hola! ¿También usted por aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable!

— No lo es menos la mía, amigo mío. ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué tal?

Y tras las frases de rúbrica del saludo hemos entablado conversación, naturalmente, acerca de los hechos portentosos de Limpias.

A este joven simpático que nos sale al paso tal vez le conozcas. Es competente profesor

del acreditado Colegio que en Limpías dirigen los PP. Paules. Ahí ves el hermoso simétrico edificio en la parte central del pueblo, al cual realza.

—Hábleme con toda verdad y franqueza: ¿qué es lo que hay de cierto en lo que se refiere del Santísimo Cristo? Usted tiene motivos sobrados para saberlo. Y comienza, según vamos caminando, a hacernos la historia de los hechos. Yo —continúa— era uno de los más refractarios a la creencia en los prodigios. No asistí a las Misiones, origen de lo sucesos, por impedírmelo quehaceres profesionales. Tomé poco menos que a título de inventario cuanto se venía diciendo. Fui varias veces a la iglesia; vi a muchas personas que atestigüaban con honda emoción haber visto el portento; pero siempre juzgué todo aquello obra de la credulidad unas veces, y de ilusiones o sugerencias otras. Habría pasado una quincena, cuando yendo en compañía de un amigo, al hablar de prejuicios y autosugerencias, me quedé asombrado al ver mover los ojos a la sagrada imagen cayendo emocionadísimo a las plantas del Señor, reconociendo la verdad del prodigio. ¡No se puede dudar; es cosa evidente; créalo usted!

Y afirmaba las palabras con una convicción íntima, profunda.

Se incorporan a nuestro grupo el Párroco de Besande y otro Presbítero. Por mi parte aseguro a mis acompañantes que apesar de testimonios tan autorizados como el del competente profesor sigo perplejo; no niego, pero tampoco asiento. Son poderosas las razones para impedir la negativa. Porque ¿quién ha presenciado el portentoso? Centenares de fieles: hombres y mujeres de todas las edades, gentes doctas y sencillas, fervorosas e indiferentes, frías e incrédulas, de diversas y opuestas regiones, médicos, labriegos, militares, farmacéuticos, sacerdotes, religiosos, letrados, ingenieros... ¿Cómo ha sido visto el portentoso? De manera tan clara que no hay lugar a género ninguno de duda: con reflectores, sin ellos, a cualquiera hora del día, desde cualquiera punto de vista. Así es que hay motivos racionales para no negar los hechos. En concreto pudiera presentarse con el P. Ugarte el caso de este modo: «¿Será *prudente* creer el testimonio de los testigos? (Su testimonio se refiere solamente al hecho, no a las causas o carácter del hecho.) Sí. ¿Será *imprudente* negar su testimonio? Sí. ¿Será imprudente ponerlo en duda, sin afirmarlo ni negarlo? No. En una palabra: yo tengo derecho a decir que yo no lo veo, y

aun a dudar de que el otro lo vea, hallándose como se halla, *al parecer*, en las mismas condiciones que yo delante de la imagen; pero no tengo derecho a negar que el otro lo ve, porque puede tener para ello razones y medios que yo no tengo ni alcanzo». Queda, pues, el ánimo en suspenso.

De todos modos, voy gozoso a hacer un acto de fe vivísima, con la ayuda de Dios, y de adoración rendida y profunda.

El río de gente encauzado por la carretera va a desembocar ya en el feliz pueblo, al cual dan bello aspecto veraniego las moradas aristocráticas blasonadas de los Condes de Arbós y Limpias y de la señora viuda de Medrano. A una indicación del experto guía, dejamos la carretera al entrar en el pueblo y cortamos por un bonito atajo algo pendiente, de suelo empedrado, sin polvo, cubierto a los lados de zarzamorales y madre selvas y sombreado por manzanos y robles.

Damos vista ya al barrio de Rucoba en donde se levanta amplio y severo el templo parroquial, morada del Santísimo Cristo de la Agonía...

¡Descúbrete reverente a la par conmigo, cristiano lector! Una dulce emoción me em-

barga. Déjame ensimismarme unos momentos en una obligada silenciosa oración...



EN LA MORADA SAGRADA

Antes de transpasar el umbral del misterioso templo fuerza será que descansemos un poco, lector obediente, para dar tregua a que se desvanezca el ligero sudor que nos ha costado la subida acelerada. Mas para no perder el tiempo dirige en torno la vista, y observa lo que acontece. Cuando llegan los viajeros del tren de Bilbao, ya están llenos estos alrededores. Unos cuantos «autos» lujosos sobre los que rebrilla el sol, esperan vacíos a corta distancia. El ir y venir de la gente no cesa. Día de jubileo parece, y en efecto, lo es. Pero, dí: ¿no te ofende ese aspecto de profana romería que se advierte en los puestos de objetos piadosos y en las mesas de bebidas que surgen por doquier? Los mercaderes no encuadran nunca bien a las

puertas del templo. Postizos son esas tiendas que debieran arrancarse de ahí..,

Una mirada ahora al exterior de la iglesia. Los muros, de grandes sillares, se levantan altos, recubiertos en algunos puntos por la yedra que trepa hasta el alero; la torre es robusta pero no esbelta; la fachada es greco-romana decadente y está adornada de tres estátuas, una de ellas, la central, del Príncipe de los Apóstoles, Titular de la parroquia. Una elevada y severa cruz remata el frontispicio. Así es que el solitario templo en medio de un tan agreste y poético paraje, trae el recuerdo de un viejo monasterio medio abandonado.

¿Está satisfecha tu curiosidad? Pues disponete para penetrar en el sagrado recinto. Pero aguarda: que en el rincón del humilde alargado pórtico ocurre algo extraño a juzgar por el gentío que se aglomera. ¿Qué pasa? Acaban de sacar del templo a una señora asturiana que se ha desvanecido al creer presenciar el prodigio. El caso, a la verdad, me impresiona y me fuerza a recogerme para preguntarme en mi interior algo emocionado: ¡«Dios mío! ¿será verdad esto? ¡Y sucede ahí mismo! ¡¡de aquí a dos pasos!!» Hay que ser, no obstante, firmes y estar, a toda costa, serenos.

Me acerco al grupo y logro ver a la accidentada señora, que, vuelta ya en sí, relata lo acaecido, temblorosa y pálida aún por el terror de la impresión.

—Vi que el rostro del Señor—dice trabajosamente—se volvía amoratado, cambiándose en oscuro hasta ponerse negro; no sé qué sentí y caí desmayada...

Tal relato, lejos de impresionarme, prodúceme contrario efecto. No cabe en mi magín de modo alguno que la faz santísima del Salvador se trueque de esa manera, de todo punto impropia, a mi parecer. Abandono, por tanto, el grupo y me dirijo resuelto a penetrar en la mansión sagrada, bien seguro de que estoy totalmente tranquilo. De todos modos, a mayor abundamiento, pongo en efecto el preconcebido plan, a saber, entrar en la casa del Señor con la vista fija en el suelo y no llevarla a la divina Imagen hasta tanto que puesta la mano sobre el corazón, sienta normales los latidos. Y estoy dispuesto a salir veinte veces, si necesario fuera, hasta sentirme en pleno dominio de mí mismo.

Llego sin inmutarme al centro de la iglesia, a la parte de atrás, y me quedo asombrado de la sequedad de espíritu y de la fría serenidad

en que me hallo; así es que, hecha una breve oración de rodillas al mansísimo Prisionero del Sagrario, dirijo la mirada al retablo del altar mayor, fijándola en la imagen de la Sacratísima Virgen que se halla al pie de la prodigiosa imagen de Jesús Crucificado. Y como en la Santísima Virgen puesta tengo toda entera mi confianza, la ruego me conceda la gracia de ver lo que deba ver y nada más. Inmediatamente llevo la mirada al dolorido rostro del divino Agonizante crucificado. ¿Qué siento? El inefable arrobo de la hermosura soberana que acertó el amor del artista a infundir en la mirífica imagen. ¡El amor! No otro pudo realizar la maravilla de aquel rostro todo dolor y amor divinos que obliga a doblar la cabeza y exhalar una férvida plegaria. No: no pudo por menos el artista, quienquiera que fuese el que tallara la imagen, no pudo por menos de sentir que ardían sus entrañas con el fuego vivísimo del amor al Mártir sublime del Calvario, reconociéndole y adorándole, como Dios y hombre verdadero.

¡Lo amaba, lo amaba!

¡No fué sólo milagro del genio!

Gabriel y Galán cuando contempló el Cristo de Velázquez, en donde el idealismo de la be-

lleza corpórea llega al ápice de la perfección, ante aquella imagen cuya cabeza muerta y reposada sobre el pecho emite los resplandores de la divinidad y cuyo manchón del cabello a guisa de misteriosa cortina semi-oculta la faz soberana infundiéndole un no se qué de regia majestad, prorrumpió el poeta castellano en aquellos acentos ardientes que se me han venido involuntariamente a los labios:

¡Lo amaba, lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!

.

Y el Amor, el imán de las almas
le acercó la visión del Cordero,
la visión del dulcísimo mártir
clavado en el leño.

Con su frente de Dios dolorida,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
con su boca de Dios sin aliento...

¡muerto por los hombres!
¡por amarlos muerto!...

Y yo ¡pobre de mí! ante esta admirable imagen del Santísimo Cristo de la Agonía, bañada en las tristezas y bondades de todo un Dios que va a expirar por amor a los hombres, solo acierto a repetir los acentos encendidos de Gabriel y Galán, balbuceando como un niño:

¡Lo amaba, lo amaba!

¡No fué sólo milagro del genio!

Y me quedo a solas, de hinojos, con mi humilde y pobre oración...

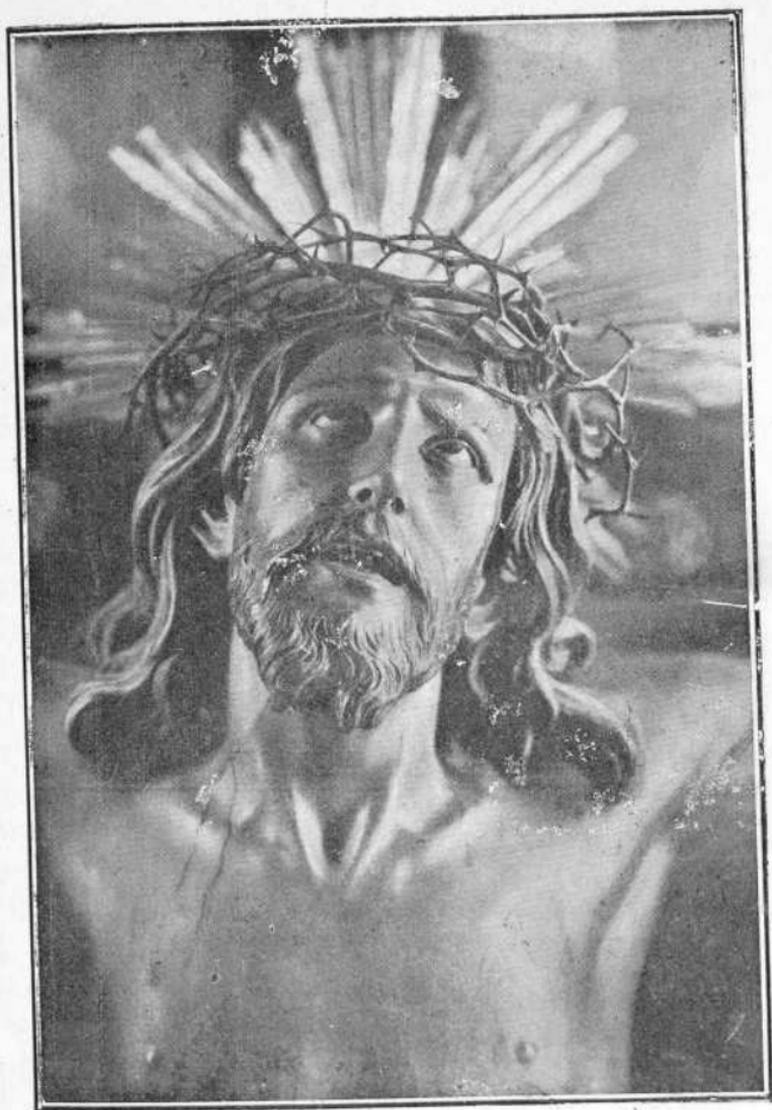


LA IMAGEN MIRÍFICA

Dulcemente absorto en la contemplación de la bellísima imagen del Santísimo Cristo de la Agonía quedábamos ya dentro del templo, lector amigo.

¿Me insinúas que bosqueje la soberana belleza de la doliente imagen? Cáeseme el pincel de la mano al solo intento de copiar tan sin par hermosura. Puedes, no obstante, regalarte con el cuadro que ha delineado un celebrado artista de la pluma, de quien eres, sin duda, devoto admirador:

«Descrita hasta la saciedad la sagrada imagen en sinnúmero de artículos periodísticos, y



reproducida en postales y en estampas hasta la infinitud, sin ser una maravilla de conjunto, la cabeza, sin embargo es un acierto escultórico. Realmente *vive*, siquiera esté apurando los últimos instantes que le quedan de vida. Los ojos, en los que se nota, pero muy marcadamente, ese estrabismo peculiar de la agonía, pero de la agonía entre horribles tormentos como fueron los de la cruz, se dirigen a lo alto, como para entenderse con el Padre, en cuyo honor y para cuya gloria muere. La nariz correctísima de línea, la tiene afilada y con las aletas abiertas como pone la asfixia, y la boca, no entreabierta, sino abierta talmente, parece que está exhalando aquel grito estentóreo con que llamó a la muerte, antes de doblar la cabeza sobre el pecho para dar el espíritu.

No es el *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Es el *in manus tuas, commendo spiritum meum*, en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu...

Diríase que era la última oración de la tierra, del Dios-Hombre agonizante: o la última agonía del que, haciendo de su vida una perpetua oración, vive en el cielo, *ad interpellandum pro nobis*: para seguir pidiendo por nosotros

en oración inacabable. Realmente ora y realmente agoniza. Aquello es una agonía en una oración, o una oración llevada hasta la agonía... como en el Huerto... como en la Cruz...

Un momento no más, y habrá quedado consumado el sacrificio vespertino...

La cabeza del Cristo de Limpias es un acierto. Con razón es llamado e invocado el Santísimo Cristo «de la Agonía».

Con esa valentía de trazos trasladada al papel el ilustre publicista Muñoz y Pabón la obra de arte prodigiosa de Limpias; pero la verdad es que resulta hartó pálido ese retrato a pluma, comparado con el original. Falta en la copia un no sé qué misterioso que baña toda la doliente augustísima faz del Redentor, allí, en la imagen pasmosa.

Más se acerca a la realidad ésta que pudiéramos llamar fotografía, admirablemente detallada, debida al notable literato don Justo Eguía:

«En este ánimo llegué a la iglesia de Limpias. Mi primera impresión fué de paz y confianza... Me la inspiró aquel rostro de la imagen, que expresa una resignación, una dulzura suprema, unidas a un dolor insuperable del alma y del cuerpo.

La segunda fué de asombro... Bien iluminada la imagen veía yo claramente sus formas y facciones y penetraba el misterio de su expresión intensísima.

Correctísimas aquéllas, divinamente humana ésta, sentía yo hallarme ante un prodigio único del arte cristiano español, o ante una milagrosa transformación de lo que parece imposible haya salido de manos del hombre, tal y tan sublime como actualmente aparece.

Tal vez las extremidades, especialmente las inferiores, adolecen de alguna ligera desproporción; los tobillos y dedos gruesos de los pies parecen largos; aunque los mismos pies, *varicosos* y *tumefactos*, tienen una valiente estructura. Pero conforme se acerca la cabeza adquieren mayor justeza las líneas y relieves. Así en el epigastrio hundido, en el busto y hombros adelantados, en el cuello rígido, se admira un realismo tan acertado, que, unido al perfecto y bien conservado color de la piel, da la sensación de un cuerpo humano verdadero y vivo.

Al llegar a la cara (no digo *cabeza* porque la melena, si bien armónica, graciosa y bien repartida, paréceme un tanto apelmazada), llega también a lo sumo la perfección. Como si

el artista hubiera concentrado en ella el punto de mira, descuidando algo (muy poco) el resto de la obra, por pretender, como lo consigue, que el observador se detenga estático y se adormezca contemplando aquel haz de maravillas, aquel compendio de vida muriente, aquel abismo de expresión divina, ha condensado dentro del óvalo facial tal suma de perfecciones plásticas y sobre todo tal complejidad de afectos y sensaciones que unida a la actitud tensa y palpitante del busto, expresan un momento culminante de vida sobrehumana en el umbral de la muerte... Los ojos talarán el espacio, los pómulos despiden ansias y querellas, la nariz aletea y se agudiza; la boca, con el labio inferior recogándose bajo el bigote, el inferior elevado y saliente, con la carrera inferior de dientes, manifiesta y apuntando debajo de ellos la lengua, suelta, despegada; la boca, está hablando, está pronunciando el *lamma sabacthani*..»

Más tampoco acaba de satisfacer esta descripción fotográfica. Está ausente de ella también ese algo indefinible que es el soplo de vida que anima al Hombre Dios en los trágicos instantes de la sublime agonía. Hay que contemplar directamente la prodigiosa imagen

para sentir las hondas emociones que hace surgir en lo más recóndito del alma. Inútil de todo punto intentar describirla, y sobre todo detallar en vano a'guna que otra imperfección minuciosa: al sol no se le pintan manchas, porque el fulgor de su hermosura lo inunda todo...

*
* *

Casi toda la mañana la paso contemplando tan admirable obra de arte. Ante el Santísimo Cristo de la Agonía rezo todo el oficio divino, llevando mis ojos de vez en vez a la agónica imagen, y nada de extraño puedo observar.

La devoción de los fieles que asisten fervorosos al augusto Sacrificio del Altar, que se celebra de media en media hora, me edifica; pero por lo que a los portentos se refiere, nada noté ni en mí ni en los demás, empezando a adueñarse de mí convencimiento la tenaz idea de que el «milagro» sólo puede consistir en la gracia especial que Dios concedió al ignoto artista para tallar una imagen tan sobrehumana que cada uno ve en ella lo que le parece.

Así pensaba.

Empero...



VISIÓN DEL PRODIGIO

Receloso, a la verdad, me puse en camino de Limpias; con el propósito decidido llegué de no dar por bueno cuanto de los portentos se contaba; sereno de todo punto penetré en el misterioso recinto sagrado; en guardia me apercibí contra todo linaje de alucinaciones y psicopatías; tranquilo y sosegado llevé la mirada al rostro doliente de la veneranda imagen; me desojé contemplándola desde diversos puntos de vista; salí varias veces del templo, arraigándoseme más en cada vez la especie de que la múltiple expresión del dolorido y resignado rostro del Redentor, era ocasionada por la variedad de matices que ofrece la sorprendente escultura... y en consecuencia se apoderó de mí la atenazada idea de que el prodigio sólo había existido en la genial inspiración que guió la gubia y el pincel del incógnito fervoroso artista.

Deslizada casi la mañana, determiné pasar a la sacristía con el exclusivo fin de poder dar razón del «Libro de testimonios». Fresca es-

taba la tinta del último, estampado con destellos de convicción pocas horas hacía por un emigrante vuelto de América; pero aun así, y a pesar de hallarse las rotundas y terminantes afirmaciones refrendadas por sacro juramento, no lograron desasir de mi mente la tenaz duda.

Volví al templo. Doblé las rodillas en la última grada del presbiterio para despedirme del mansísimo Prisionero del Sagrario, y en el momento más ajeno a lo que iba a acaecer, en el punto de ir a marchar ¡entonces! como alzase la vista al santo rostro del divino Agonizante, hube de bajarla instantáneamente como herido de la luz de un rayo: la imagen tenía posada la mirada sobre mí, hiriente, dura, severa... y me traspasó de súbito el alma y me sentí anonadado en un fulminante espasmo de terrífico estremecimiento de pavor. Recogido en mí mismo, con la cabeza cosida al pecho, sin osar moverme siquiera, permanecí aterra-do unos momentos: ¡tal fué la tan violenta cuan inesperada impresión!

Mas a la manera del hijo que sintiendo sobre sí la pesadumbre de la culpa y la zozobra del castigo manifestado en la vista airada del ofendido padre, se acoge, no obstante, a la bondad de éste y le desenoja con la contrita

súplica de perdón, así yo ¡pobre de mí! reconociendo las propias culpas, mi ruindad, deslealtad y desamor, me acogí, confiado, a la misericordia sin término de Jesús, que si es Juez terribilísimo, es también Padre piadosísimo. ¡Y me alentó esta consoladora esperanza! ¡y fuerzas me infundió para levantar el caído y avergonzado rostro, y dirigir de nuevo, suplicante, la vista al amorosísimo Jesús Crucificado! No ví ya la amenazante mirada, como de anatema; ni fruncido el ceño, como de repulsa; sino la efigie tal cual la modeló el artista: doliente y resignada.

Mas a poco comencé a llenarme de dudas. ¿Sería quizás aquéllo producto de las socorridas auto sugerencias, alucinaciones o ilusiones ópticas? ¡Pero si ni por asomos pensaba yo en el prodigio ni mucho menos, y había echado ya raíces la idea en contrario! ¿Sería, tal vez, efecto de la fatiga de la vista? Pues si acababa de dirigirla a la imagen y no pudo haber tiempo ni lugar para el supuesto cansancio! Pues así y todo, concluí por afirmar categóricamente la ilusión y negar, por tanto, la realidad del prodigio. Hasta tal extremo que, una vez fuera de la iglesia, logré disuadir a una humilde Hija de la Caridad que aseguraba había visto lo que

yo: ¡sí me trocaría en refractario a admitir los portentos! Volví, por consiguiente, al mismo estado de ánimo de la mañana, sumiéndome en una completa indiferencia.

* * *

Sería cerca de las dos y media cuando entré de nuevo en el templo. Reinaba en él un grato ambiente de devoción y de paz. Alredor del presbiterio se agolpaba un grupo de gente no muy nutrido. Oraban, edificantes, unos; y observaban con religioso cuidado, otros. Hecha la obligada oración a Jesús Sacramentado, me llevó un impulso de curiosidad a requerir unos prismáticos de un joven caballero de porte distinguido — que, por cierto, no se destacaba por su credulidad, a juzgar por lo que pude oírle por la mañana en una de las veces que salí del templo. —

La efigie, como a tiempo se advirtió, tiene abierta talmente la boca: así es que cuál sería mi asombro al llevar a los ojos los gemelos y ver la boca de la imagen cerrada; y no sólo cerrada, sino con los labios apretados; es más, y movidos en una paulatina contracción originada como de un dolor intensísimo. Una a

modo de suavísima dulcedumbre me invadió el alma y comenzaron a la par a salir del devoto grupo más que palabras, suspiros que sonaban a ardientes jaculatorias: «¡Dios mío, qué rostro! ¡Cómo mueve los labios el Señor! ¡Perdón Jesús mío! ¡misericordia!». Era aquello una oración colectiva a media y compungida voz que expresaba entre lágrimas y sollozos como nunca lo he visto expresar, la compasión y el amor. ¡Oh, qué divinos momentos aquellos tan inefables! ¡Entonces sí que el exceso de la divina Bondad para conmigo ¡ingrato! me hizo rendir a la evidencia, al menos para mí, del prodigio!

Seguían contrayéndose los labios, y en un como supremo esfuerzo saltó de uno al otro lado de la boca cerrada una línea de sangre púrpura, rutilante, traslúcida que fué engruesándose poco a poco y acumulándose en las comisuras labiales hasta rebasar muy lentamente por la derecha del santo rostro, un poco hacia arriba primero ¡cosa extraña! extendiéndose luego en una alargada mancha en dirección del bigote. ¡Oh, qué hermosísima divina faz la del Redentor agonizante! Estaba transfigurada, animada, viva. ¡Oh, beldad soberana del mayor dolor y del sumo amor! ¡Que no

pueda yo describir ahora ni rastrear siquiera tu majestad y tu realeza divinas! ¡Qiébrese mi pluma! ¿Para qué sirve, si no vale para trasladar ni aun en tenues e indecisos trazos la visión confortadora, llena de misericordia y esperanza, que el Señor—en su bondad sin límites que se extiende a los más grandes pecadores—se dignó, sea como fuere, dejarme contemplar?

Dice el Evangelio que cuando el Centurión observó los espantosos trastornos con que la naturaleza plañía la muerte de su Dios, exclamó con voz humillada y sincera: «Verdaderamente Este es el Hijo de Dios». Me hubiera bastado a mí ver morir a Jesús con la sublime agonía con que le plugo manifestármese, para exclamar con toda firmeza: Quien muere así, no puede menos de ser Dios. Fulgor era todo su santísimo rostro, de su divinidad. ¡Lejos, pues, de aquella visión arrobadora, todas las imágenes, por maravillosas que sean, del genio humano, llámese éste Montañés, Hernández, Velázquez, Alonso Cano o Berruguetel. . .

Ante aquella incomparable imagen no cabía otra cosa que exclamar con el dechado de amor a Cristo, San Agustín—cuya fiesta era aquel para mí memorable día—: «*Más me*

amaste, Jesús mío, a mí que a Tí, puesto que moriste por mí.» Entonces sí que sonaban en el alma mejor que nunca los divinos versos de San Francisco Javier o de Santa Teresa de Jesús o quienquiera que fuese el autor enamoradísimo de Dios que escribió el acto de contrición más hermoso que ha salido de humana pluma:

No me mueve, mi Dios, para querer te
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme tus afrentas y tu muerte:

muéveme, en fin, tu amor y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.

Yo, al recordar aquellos momentos culminantes de mi vida, para que no se me note de ingrato, quiero, puesto de hinojos ante el Santísimo Cristo de la Agonía, balbucear una pobre pero férvida plegaria:

¡Misericordiosísimo Jesús mío! Ya que a pesar de mi enorme deslealtad os habéis servido hacerme la divina merced de la visión de vuestra dolorosa agonía, suplicoos que no sea infiel a esta gracia nunca jamás, y que pueda de nuevo contemplar aquella misericordia sin medida con que os dignásteis mostráros, en el trance sobre todo de mi muerte.

Os lo ruego con todas veras por mediación de vuestra Madre adolorida, Madre amorosísima, para que rodeado entonces de mis seres queridos, sea mi última helada lágrima, de dolor de mis culpas; la última lánguida mirada de mis ojos, para vuestro rostro santísimo; el último aliento de mi boca, para alabar vuestras misericordias; el último esfuerzo de mis yertas manos, para estrechar el Crucifijo, y el último beso de mis labios, para vuestras llagas sacrosantas, testimonios inefables de vuestro infinito amor. ¡Hacedlo así, benditísimo Cristo de la Agonía! Y esto que para mí quiero, lo anhelo también para mis seres queridos. ¡Sea así!



LA VUELTA

Cae la tarde plácidamente. La luz amortiguada de un crepúsculo anticipado por la barrera occidental de montañas nos avisa que la hora se aproxima de emprender la vuelta. Fuerza es, mal que nos pese, abandonar el Lugar Santo. Despídete, pues, con toda reverencia, lector piadoso, de la veneranda imagen, y disponte presto para la marcha.

La gente va y viene con la animación de la mañana. No te detengas, antes apresura, si puedes, el paso y camina hasta la estación en silencio, dejándome así sumido en dulce soliloquio.

Sentados ya en el tren, aunque a duras penas—tal es la aglomeración de viajeros—puedes ponerte al habla con alguno de los acompañantes de la venida, que por suerte se han juntado a nosotros. No están todos, pero sí el señor grave que tan amena nos hizo la conversación.

El tren arranca. Muchos se santigüan y va-

rios se descubren, convergiendo las miradas por las ventanillas hacia el oculto templo. Unos momentos más... y desapareció entre las montañas la paradisiaca perspectiva del dichoso pueblo por nombre Limpias. El corazón queda un poco oprimido por la natural nostalgia...

—¿Qué?— rompe el silencio el señor grave— ¿Ninguno de ustedes ha sido agraciado con la visión del prodigio?

—Ésta asegura que sí— responde la distinguida señora enlutada, señalando a su hija, quien hace vivas muestras de asentimiento.— Yo no, prosigue la señora; pero sí sentí una piedad tan suave como nunca; por eso doy por muy bien empleado el viaje, y regreso muy contenta.

Yo guardo silencio. Habla en cambio por mí el señor grave que se encarga, muy a gusto nuestro, de hacernos breve el recorrido con su instructiva y a las veces elocuente palabra.

—Por mi parte— comienza diciendo— bien seguro estaba yo de que sin ser favorecido por ningún linaje de portentos de los que se narran, podría con toda razón repetir, lo que rezó más que cantó Pedro Gobernado en este bello soneto:

¡Santo Cristo de Limpias! Peregrino
llegué feliz a visitarte un día
y contemplé tu rostro en la agonía
hacia el último rayo vespertino.

De todas las tristezas del camino
una en mi corazón sólo traía:
¡el peso enorme de la culpa mía,
que hallara alivio en tu favor divino!

Grandes son, Jesús mío, mis agravios,
justos son, Jesús mío, tus enojos
y aun quedan de mi culpa los resabios.

Por eso vine y me postré de hinojos
¡y me has hablado sin mover tus labios
y me has mirado sin mover tus ojos!

Sea cualquiera la opinión acerca de los prodigios, lo indudable es que ante aquella misteriosa imagen de Jesús Crucificado se transfiguran por el amor las almas. Atribúyese al anciano Párroco de Limpias esta expresión que vale por un poema: «Yo no he visto el movimiento de los ojos de la imagen; pero he visto el movimiento de los corazones». Y es que allí, ya lo habrán observado ustedes, la fe se enardece, ensánchase la esperanza y se reenciende la caridad. Quiero engarzar aquí, como reflejo de lo que llevo indicado, una poesía hermosa que con el título «Ante el Santo Cristo de Lim-

pías» escribió un muy amigo mío, cuya modestia ocultó su nombre bajo el pseudónimo «Un peregrino» que no era otro, dicho sea en confianza, que el M. Itre. Sr. Díaz-Caneja, Canónigo Penitenciario de León. La poesía, que nos viene de perlas, es así:

Al pié de la bella imagen
de Cristo crucificado
que un gran artista ignorado
para Limpías esculpió,
presa de emoción profunda,
caí postrado de hinojos
y al alzar, luego, mis ojos,
su vista me estremeció.
Viendo aquella faz divina
de sin igual hermosura
reflejando la amargura
de tan acerbo sufrir,
me pareció que escuchaba
una voz que me decía:
por tí estoy en la agonía,
por tu amor voy a morir.
Y cual miserable reo
de su culpa arrepentido
pide, ante el juez confundido
con lágrimas, compasión,
así yo en llanto deshecho
al Hijo de Dios clemente,
en la cruz por mí pendiente,
pedí, temblando, perdón.

¿Quién habrá tan duro e ingrato
que si a Cristo cual yo viera
en forma tan lastimera
por el hombre agonizar,
al punto no deseara
con noble arrepentimiento
el inhumano tormento
de su muerte mitigar?
Habrá, tal vez, quien osado
pida nuevas maravillas
para caer de rodillas
de imagen tan bella al pié:
a mí me basta el prodigio
de imagen tan acabada
para ver acrecentada
con gran provecho mi fe.

Así se habla después de contemplar en honda meditación al Santísimo Cristo de la Agonía. Aquél a quien cabe la dicha de caer ante él de hinojos, guarda en su corazón desde entonces, como en un relicario, un tesoro de afectos hacia el Redentor que difícilmente se ausenten jamás. Mas temo, señores, estar abusando de vuestra cortés atención.

—En modo alguno—exclamamos todos a la par.

—Antes al contrario—añade la buena señora—Muchas gracias debemos a Dios por habernos deparado a un compañero tan amable y docto como usted.

—Gracias rendidas, señora. Muy obligado quedo a tanta bondad.

¿No echas de menos, querido lector, al inolvidable viajante de Salamanca? A buen seguro que ya nos hubiera soltado alguna de las tuyas; mas sigamos escuchando la amistosa conferencia del grave señor.

—Indiqué algo esta mañana del reinado milagroso de Jesucristo desde la cruz. Ese reinado le llevó al cabo el Redentor *non ferro, sed ligno*, en frase enérgica y profunda del Doctor Africano, es decir, no con la espada, sino con la cruz; no a costa de la sangre de los enemigos, sino de la suya propia; no por el terror, sino por el amor: que es imposible hablar de Cristo crucificado sin venir a los labios esa palabra maravillosa que todo lo explica y todo lo mueve, el amor. Y como la suprema expresión del amor es el sacrificio, Cristo Jesús levantado en el trono doloroso de la cruz, ceñida su cabeza augusta con la punzante diadema de espinas, que es la más alta y gloriosa de las coronas; taladradas sus manos y pies santísimos por el cetro sangriento de cada uno de los clavos, y cubierto su divino cuerpo por el manto de púrpura y rubíes de su sangre preciosísima, es el Rey del amor por lo mismo que

es el Rey del dolor que da en holocausto sin igual su vida por la redención de los hombres: «por el bárbaro y el gentil, como dice el Apóstol, por el judío y el griego, por el esclavo y el hombre libre», en una palabra, por los hombres todos sin distinción de razas ni clases: ¡todos hermanos cobijados bajo los brazos amorosos y dolorosos de la cruz! He ahí la verdadera fraternidad de la gran familia humana, cuyo Padre es Dios Nuestro Señor y cuya Madre es la Santísima Virgen, constituida solemnemente Madre de los hombres al pié mismo de la cruz por nuestro Hermano mayor, el adorable Jesucristo: esa es la tiernísima escena que nos recuerda el emocionante grupo escultórico de Limpias. Y he ahí también cómo surgen del Corazón del Dios-Hombre dos amores purísimos, sublimes, exclusivos del catolicismo: la caridad promulgada en el «Mandamiento nuevo» de la Última Cena, y el amor de una Madre espiritual de todos los redimidos, representados en la cumbre del Gólgota por el Discípulo Amado. Ahora se comprenderá la causa de la transformación que experimentó la cruz y con ella el mundo. *Attende gloriam crucis*—invita a meditar el sapientísimo Obispo de Hipona—*Iam in fronte regum crux illa fixa est,*

cui inimici insultaverunt. «Considera la gloria de la cruz: ya brilla sobre la frente de los reyes la que fué blanco de los insultos de los enemigos». ¡Qué cambio tan radical de todo punto inexplicable sin admitir la divinidad de Quien santificó la cruz, muriendo de amor en ella! Nadie podía haberlo previsto, miradas las cosas con ojos humanos. Lo que era objeto de horror y repugnancia por ser el garrote vil de aquellos tiempos, trocado nada menos que en el más preciado tesoro de amor y adoración. Esto sí que es un portentoso milagro. «Cuando fuere levantado sobre la tierra, había dicho terminantemente Jesús, atraeré a Mí todas las cosas». Y tan pronto como queda enhiesta la cruz en el Calvario, aparece por orden del Gobernador romano este letrero escrito en tres lenguas sobre la cabeza soberana del Redentor: «Jesús Nazareno, *Rey* de los Judíos». En aquel punto proclamaba Pilatos, sin pensar en ello, el reinado sin segundo de la Cruz». «*Rey* de los judíos», esto es, el Mesías prometido, el Libertador, el Dominador de las gentes. Y así fué: la cruz recibió al poco tiempo el ósculo ferviente de la adoración de millares de labios, la gloria de la pública alabanza de millares de voces y la prue-

sangrante del sacrificio de millares de almas. En verdad que pudo haber cantado desde un principio la Iglesia las triunfales estrofas del «Vexilla Regi»::

Ya tremolan del Rey los estandartes;
de la Cruz el misterio resplandece,
en la cual padeció muerte la Vida
y dió al hombre la vida con su muerte...

*Impleta sunt quae concinit
David fideli carmine,
dicendo nationibus:
Regnavit a ligno Deus.*

Cumplida está milagrosamente la profecía de David que anunció a las naciones que había de reinar Dios desde el leño de la Cruz. *Regnavit a ligno Deus*. A vista de ojos salta la incontrastable realidad de este sin igual reinado: en escuelas, audiencias, hospitales, hogares, campanarios, camposantos y caminos. ¡Sólo las innúmeras veces que cada día es formada en la frente, boca y pecho de millones de fieles! ¡La cruz en todas partes! ¡Cuán hermosamente en gráfica síntesis lo expresó San Agustín al decir: *In fronte regum*, reñatando las coronas de los reyes! Mas... voy cayendo en la cuenta de la molestia de mis repetidas citas.

—Prueba en contrario es lo breve que se nos ha hecho el camino.

—Pues ¿en qué estación estamos?

—En Aranguren. Ahí pasa ahora bien iluminado ante nuestra vista el largo edificio de la Papelera Española.

Pié a tierra, pues, paciente lector, que hay que esperar el cruce de trenes. Las sombras bajan ya de las montañas, y comienza el oriente a extender el vasto crespón de la noche. La hora melancólica y el tibio ambiente son propicios para dar unos paseos. Mas si te agrada el zumbido ensordecedor de volantes, cilindros y correas sin fin, éntrate a gusto por la Papelera y admira el progreso de la patria industria; que yo estaré sobre aviso para que no pierdas el tren...



DESPEDIDA

En marcha. Nos alumbra una luz macilenta.

—Poco nos resta ya, dice con visible satisfacción la distinguida señora, tan pronto como nos acomodamos de nuevo en el asiento.

—Así es. A Dios gracias el día se ha llenado bien.

—Para mí, al menos, es uno de los más grandes de mi vida.

— Supongo que lo será para todos, interviene el señor grave; porque téngase la opinión que se quiera acerca de lo que se refiere de Limpias, habremos de convenir en que Dios Nuestro Señor se ha servido en su providencia inefable darnos mediante imagen tan conmovedora y lastimera, una amorosa reprensión por el olvido en que tal vez teníamos la devoción fundamental de la Pasión santísima. Y si es cierto que todo fiel cristiano que vaya a Limpias con espíritu de fe, se transforma—si no lo era—en devoto sincero de Jesús Crucificado, o en otro caso, se enfervoriza más y más en tan principal devoción, por dichosa hemos de dar la hora y la ocasión de producirse tan saludables efectos

en un sinnúmero de almas. Jesús crucificado ha sido siempre el libro abierto de par en par a todas las generaciones sobre el atril de la cruz. En ese libro por excelencia, escrito de arte que todos le entienden, han aprendido ignorantes y sabios la ciencia de la salvación. «No me glorío sino en la cruz de Jesucristo, decía San Pablo, ni quiero saber otra ciencia sino a Jesucristo y éste Crucificado» *¡Et hunc crucifixum!* No se puede decir más ni mejor para la enseñanza del cristiano. ¡Cristo en la Cruz! He ahí el admirable resumen de nuestra Religión sacrosanta. Nada más hermoso, por otra parte, que Jesús enclavado. Hermosísimo es nuestro adorable Jesús sobre las pajas humildes del pesebre de Belén, alabado de los ángeles y adorado primero de pastores y después de reyes; hermosísimo cuando cuelga con sus torneados bracecitos del cuello de su purísima Madre; cuando maneja la sierra o la garlopa en el taller de San José, santificando las herramientas del trabajo; cuando recorre afanoso los campos de Galilea predicando el Evangelio, con la frente sudorosa y los pies empolvados del camino, haciendo el bien por todas partes; cuando serena la tempestad en el Tiberiades como dueño y señor de la natura-

leza; hermosísimo en el Tabor, emitiendo clarísimos destellos de su divinidad y gloria; hermosísimo en la apacibilidad del castillo de Betania bendiciendo y ensalzando la amistad; hermosísimo al entrar triunfador entre los videntes del pueblo el domingo de los ramos, y sobre todo, hermosísimo en el Cenáculo, cuando desbordante de caridad instituye el Sacramento del Amor para, después de su resurrección gloriosa, quedar con los hombres preso de amor en la cárcel de los Tabernáculos; pero nunca tan hermoso como cuando puesto en el Arbol de la Redención exclama: «¡Todo está consumado!» y exhala su espíritu realizando el acto principal del rescate humano. Nada por eso obliga tanto a amar a Jesucristo como el contemplarle clavado en la cruz, ni nada mueve tanto a llorar y reparar los propios y ajenos extravíos. ¡Cuántas tormentas del alma se han deshecho en lluvia tranquila de lágrimas a los pies del Crucifijo! ¡cuántas frentes anubladas por la sombra del dolor se han serenado cabe aquellas benditas plantas llagadas! ¡cuánto brío se recobra allí para soportar y dominar los rudos embates del mar amargo de la vida! ¡y cuánta suavidad y dulzura sacada del manantial inexhausto del Corazón deífico que se

medio-asoma por la herida del costado! Y es que Nuestro Señor Jesucristo no puede ser juez desde la cruz; desde allí sólo puede ejercer la infinita misericordia. La primera «palabra» del Salvador en la cruz fué para demandar perdón a su Eterno Padre para cuantos se mofaban de El con horrendas blasfemias y lacerantes sarcasmos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»: esta súplica en tales horribles circunstancias proferida, sólo pudo pronunciarla un Dios todo amor. Eso es Jesús en la cruz. Así es que como ciervos abrasados de la sed a la cristalina fuente, han acudido a ella siempre los pobres pecadores anhelantes de perdón y de consuelo. Hable por todos el colombiano Tejada:

A Vos corriendo voy, brazos sagrados,
en la Cruz sacrosanta descubiertos,
que para recibirme estáis abiertos,
y por no castigarme estáis clavados;
a Vos, ojos divinos, eclipsados,
de tanta sangre y lágrimas cubiertos,
que para perdonarme estáis despiertos,
y por no confundirme estáis cerrados;
a Vos, clavados pies, para no huirme;
a Vos, cabeza baja, por llamarme;
a Vos, sangre vertida, para ungerme;
a Vos, costado abierto, quiero unirme;
a Vos, clavos preciosos, quiero atarme
con ligadura dulce, estable y firme.

¡Oh, qué acentos han brotado de los pechos amantes al contemplar los raudales inagotables de caridad que brotan del costado de Cristo crucificado! Permítaseme recitar para concluir otro suavísimo soneto de nuestro gran Lope de Vega:

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado dese leño
en que tiendes los brazos poderosos;
vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye Pastor que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres;
espera, pues, y escucha mis cuidados;
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?

Reavívese, por tanto, nuestra devoción a Jesús crucificado, y sea éste el ópimo fruto de nuestra subida al Santo Lugar de Limpias. Y a fe que no hemos perdido el viaje hecho al célebre pueblo de la montaña castellana. De ese modo, con la esperanza en la cruz, viviremos en el cielo anticipadamente al decir de

Donoso Cortés, pues «desde que se levantó la Cruz en los aires, no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el cielo, aun antes de dejar en la tierra sus mortales despojos; porque, si aun vive aquí por la tribulación, está allí por la esperanza». Sea, por consiguiente, señores, mi última exclamación la de la Iglesia nuestra Madre al dirigirse a la Cruz en el himno antes citado: *¡O Crux ave, Spes unica!* ¡O Cruz, yo te saludo, Esperanza única de salvación!

—Muy bien, muy bien, asentimo; todos.

—¡Dios le pague, caballero, tan piadosa obra—prorrumpe de improviso un joven de buena presencia que ha venido escuchando con atención suma desde el contiguo departamento.

Y tú ¿qué dices, benigno lector? Si has simpatizado con el señor grave, que, como has visto se da prontas y buenas trazas para, sin ser cura, poner paño de fiesta al púlpito, alárgale la mano con afecto, en la persuasión de que no ha de rehusarte la suya, antes ha de acogerte con un cordial abrazo.

Ya aparecen los focos que festonean de luz la ría de Bilbao, rielando en las mansas aguas, y allá se ven parpadear las innumerables luces de la moderna y populosa urbe del Nervión.

Los viajeros se aprestan a la bajada. Ea, despídete de tus cristianos acompañantes. Tal vez, perdidos en el río revuelto de la vida, no nos volvamos a ver. Me preguntas quién es el señor grave?

—¿Para qué?— él mismo se adelanta a contestar. —Nada diría mi nombre. Lo importante es que mi pobre recuerdo vaya unido al Santísimo Cristo de la Agonía, divino libro abierto en donde se aprende la ciencia de las ciencias, la de la salvación. Saber y practicar ésta es lo importante: que como en una admirable quintilla dijo nuestro clásico

*La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe,
pues al fin de la jornada,
aquél que se salva, sabe;
y el que no, no sabe nada.*

Conque... que el Santísimo Cristo de la Agonía se digne concedernos la gracia de que en El aprendamos esa ciencia, y que a todos nos bendiga, sobre todo en la hora de la muerte. ¡A Dios!

Ya le has oído, lector bondadoso. No eches en olvido el último ruego y el postrer consejo del grave y desconocido señor. Ten para él

el recuerdo de una plegaria, si juzgas que la merece.

Date prisa en recoger los bártulos, si los tienes, y apéate, que ya llegamos a la amplia estación de término del felicísimo viaje. El hervidero de gente que se forma casi nos impide andar... Estamos en medio del trajín de la Gran Vía. Déjate guiar en dirección a la glorieta en donde se asienta la estatua del autor de los «Cantares». Ahí está, abierta por cierto todavía, la iglesia de San Vicente Mártir. Mas ¿qué rumor como de flautados de órgano se esparce hasta nosotros? Entremos. La alta y espaciosa iglesia está espléndidamente iluminada. El ambiente, embalsamado del aromático incienso. En el altar mayor las luces brillan en numerosos grupos. Expuesto está en pública audiencia de amor Su Divina Majestad: ¡de rodillas! Es la función edificante de los «Jueves eucarísticos». El coro canta en dulcísima melodía gregoriana el «Ave verum». ¡Oh, qué inesperado complemento a nuestro viaje! Escucha el devotísimo motete y medita en él anegándosete el alma en místicos deliquios, la íntima relación de la Cruz y la Eucaristía y los abismos de bondad, sabiduría y omnipotencia que en el Sacrificio del Altar encerró el Salvador del mundo en sublime arcano;

*Ave verum Corpus, natum
de Maria Virgine*

Salve verdadero Cuerpo,
nacido de María Virgen.

*Vere passum, immolatum
in cruce pro homine*

En verdad paciente e inmolado
en la cruz por el hombre.

*Cujus latus perforatum
fluxit aqua et sanguine*

Cuyo costado atravesado
fluyó agua y sangre.

*Esto nobis praegustatum
mortis in eximine*

Seas por nosotros pregustado
en el peligro de la muerte.

¡O Jesu dulcis! ¡O Jesu pie!

¡O Jesu Fili Mariae!

¡Oh Dulce Jesús! ¡Oh Jesús piadoso!

¡Oh Jesús, Hijo de María!

Reinó, como Dios, Jesucristo desde la cruz cuyo sacrificio constituyó el acto principal de la Redención; reina ahora desde el Altar, cuyo sacrificio es la reproducción incruenta del de la Cruz.

Ha terminado la función religiosa. Echa una ojeada al majestuoso templo antes de salir. Otra sorpresa: en la nave lateral, a nuestra de-

recha, se destaca una lápida de mármol con un cisne muerto y unos versos en letras de oro cuyo título es «Último canto». Léelos:

Dicen que el cisne cuando muere canta,
y hoy tanto de mortal mi dolor tiene
que acaso es la del cisne mi garganta.
La voz de Dios es justa y santa:
¡hágase en mí, Señor, lo que ella ordene!

Son del candoroso Trueba, cuyos restos mortales reposan detrás de la blanca lápida. ¡Qué hermosos para recitarlos a cualquier tiempo, pero mejor que nunca en el pavoroso del morir! ¡Ojalá, lector amigo que con tan buena voluntad me has acompañado, acértemos tú y yo a rezarlos con resignación ante una imagen del Santísimo Cristo de la Agonía cuando llegue la nuestra, que ha de venir pronto por mucho que tardel...

Ahora puedes ya, satisfecho y tranquilo, retirarte a descansar. Ha terminado el viaje.



Lector:

No apoyada la diestra en tosco bordón, ni cubiertos los pies del polvo de los caminos, llegamos una mañana estival a Limpias.

No vestíamos el burdo sayal del penitente, ni protegía nuestra cabeza de los ardores del sol el amplio sombrero guarnecido de conchas, ni pendía de nuestros hombros la típica esclavina por grandes valvas realzada al modo de los fervorosos peregrinos medievales; pero sí llevábamos como ellos muy adentro del corazón la misma fe firmísima en Jesús Crucificado, y un encendidísimo anhelo de prosternarnos en desmayo de adoración junto a las divinas plantas atarazadas del misericordioso Cristo de la Agonía.

Que sentí en el alma ardientes deseos de publicar, como supiera, en prenda de testimonio inequívoco y solemne de mi fe, no los portentos de Limpias precisamente, sino el milagro estupendo, sin réplica, del reinado universal de Jesucristo desde la cruz, trono el más elevado de la tierra: el *Dux vitæ, mortuus regnat vivus* que canta en son de triunfo en la

Pascua de Resurrección nuestra invicta Madre la Iglesia Católica. Y reputé ocasión oportuna para ello lo que se decía acontecer en el agraciado pueblo santanderino, y allá te llevé conmigo en solitaria peregrinación, y te hice subir no por el afán del prodigio, ni menos por fútil curiosidad, la montaña bendecida.

Seguro estoy de tu gratitud por el inolvidable viaje de que te he hecho partícipe, y como te muestras propicio para de nuevo rendir en la ocasión más a la mano fervido homenaje de devoción al Cristo prodigioso, vamos a incorporarnos a una de las peregrinaciones que suben al Santo Lugar de Limpias con ansias de caer al pie de la sacra Imagen. La peregrinación magna de León, en cuyas filas se juntan en apretada falange de adoradores más de quinientos fieles, nos viene de perlas para nuestro devoto propósito. Verás qué satisfacción tan pura recibes al hallarte confundido entre todas las clases sociales unidas por el lazo de la misma fe, y cómo te enfervorizas al contacto de la piedad y oración colectiva, prorrumpiendo en deliquio celestial con el Real Profeta: *¡O quam bonum et jucundum est habitare fratres in unum!* ¡O cuán bueno y deleitoso es formar todos los hermanos un sólo corazón!

Ea, pues, al ferrocarril de Bilbao a La Robla. Acomódate en primera porque lo mismo te cuesta, y prepárate a disfrutar del variado paisaje de todo un día de tren. Nos metemos por entre las montaña; de Balmaseda tapizadas de helechos y vestidas de frondosos árboles; viene pronto el pintoresco y amplísimo valle de Mena; ascendemos a la llanura inmensa por donde serpea manso el Ebro a poco de nacer: ¿cómo no acordarnos de la Pilarica a la vista del río famoso y cómo no exhalar una plegaria española, si se sufre decir, para que la conduzca a la Virgen de España el río de nuestras epopeyas y ante Ella la deposite al besar con sus ondas los muros benditos del Pilar? Pasa luego el empinado Montes-Claros medio envuelto en un bosque y se detiene el tren en Mataporquera con el descanso para el yantar. Alza a lo lejos su altiva frente el Espigüete y desfilan las montañas calizas, casi peladas, entre las cuales se oculta el célebre Santuario de Ntra. Sra del Brezo; llega Santibáñez de la Peña con su Santísimo Cristo de las Eras, y Guardo con el suyo del Amparo; atravesamos el páramo extenso a la mayor altura del recorrido para descender al valle en donde ostenta sus modestas galas el minúsculo Soto y

se ensancha el industrioso Puente-Almuey; ahora se hiergue ingente y armónica Peñacorada, de tonos violáceos, el centinela avanzado, por esta parte, de la Montaña; cruzamos el Esla en Cistierna, como poco antes en el valle que va a Morgovejo y Prioro el Cea, ríos históricos cuyos nombres recuerdan el cantar: «Riberas del Cea y Esla—campos de valor y fé—dadme nuevas de mi Madre—la Madre que siempre amé» ¡tiempos de antaño!; vienen pronto el ameno Boñar con su rumoroso Porma y el poético Valdepiélagos con su Curueño cristalino, y quedan atrás La Vecilla y Matallana para venir a dar, por fin, con nuestro molido cuerpo en La Robla. Un rato de espera, nada cómoda, hasta la llegada del correo de Asturias, y hala, a la ciudad insigne de San Marcelo.

Ya estás en la ciudad que es «Cabeza del reino de León y señora de otras principales provincias de España—al decir de su antiguo cronista Lobera—madre y escuela de valerosísimos príncipes, reyes y capitanes, solar de infinitos linajes ilustrísimos, albergue de las letras y las armas, muro y estribo de los cristianos, castillo que los defendía contra incursiones de infieles y baluarte de ofensa para los

moros; plaza, en fin, donde se celebraban las Cortes y Concilios, se ordenaban las leyes, se juntaban los ejércitos y se trataban todos los negocios de peso tocantes al gobierno de la cristiandad en España.

No te he traído, por tanto, a una ciudad cualquiera. Anda de prisa, si es tu deseo llegar a la última reunión de la Junta Central organizadora de la Peregrinación. Los vendedores, con voz chillona, pregonan la Prensa local.

— «¡Diario de León» que ha salido ahoraaa!
— ¡Eh! un «Diario».

Al desdoblarle nos sorprende en primera plana, a dos columnas, un noble saludo a los peregrinos. Dice así:

«Mañana, al rayar la aurora, partirá de la ilustre ciudad de San Marcelo, camino de Limpías, la primera Peregrinación Diocesana Leonesa, bajo los auspicios amorosos de la excelsa Patrona de la Región, Nuestra Señora del Camino.

La Junta Central, con sus Comisiones, abnegadas casi hasta el heroísmo, no ha perdonado medio a fin de que resulte grandiosa esta espléndida manifestación de fe del pueblo leonés. Reciba por adelantado un caluroso aplauso.

Al frente de la apretada legión de adoradores del Santísimo Cristo de la Agonía, va el Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis: con ello da un alto ejemplo de amor a Cristo Crucificado, nuestro Rey y nuestro Dios, y una prueba más de su paternal afecto a sus diocesanos queridos.

Hoy llegarán en su mayor parte a nuestra ciudad los devotos peregrinos. «Diario de León» se complace en enviar un saludo cariñoso, cristiano, a esos fervientes hijos de la Tierra Leonesa, que se disponen animosos para el viaje de peregrinación, anhelando caer rendidos a las plantas divinas del Santísimo Cristo de la Agonía y allí dar rienda suelta a sus afectos de fé, esperanza y caridad.

¡Que la Virgen misericordiosa del Camino los acompañe en la sagrada ruta que, con el auxilio del Cielo, mañana—día memorable de la fiesta del Santo Rosario—van a emprender!».

Es de agradecer al simpático «periódico católico regional» esta fineza. Estamos cerca ya del Convento de los humildes hijos de San Francisco. A honor tengo el presentarte a los dignísimos señores de la Junta organizadora, entregados de lleno a su cometido con un celo

proporcionado a tan santa obra. Ahí los tienes en una habitación limpia y sencilla, reflejo de la austeridad franciscana. Están absorbidos en la viva tarea de atar los últimos cabos: El R. P. Fray Leoncio de Santibáñez, Guardián del Convento, nombrado Presidente de la Junta en pago de ser el entusiasta y franco iniciador de la Peregrinación leonesa; el M. Ilre. señor D. Manuel Domínguez, Arcediano de la S. I. Catedral, que ha prestado todo su valioso y activo concurso al éxito de los trabajos preparatorios; el R. P. Ángel Monjas, Agustino, Director del afamado Colegio de Nuestra Señora del Buen Consejo, que no ha escatimado sacrificio—los ha hecho de veras—en la brega diaria de la organización; D. Dionisio Moreno, Párroco de Santa Marina la Real y Arcipreste de León, cuya laboriosidad a toda prueba y constancia admirable hacen de él uno de los motores principales de la Peregrinación; don Agustín Fernández, ex-Diputado Provincial, de envidiables dotes de clarividencia en materia de números y honradez sin sombra de mancha que concurren a formar un perfecto Tesorero de la Junta que ni de intento para tan espinoso cargo; D. Eulogio Crespo, caballero excelente, Concejal del Excmo. Ayun-

tamiento, que se ha desvivido en el enojoso asunto de los ferrocarriles, sorteando con habilidad desusada cuantas dificultades salieron al paso; D. Bonitacio Rodríguez, Concejal asimismo del Municipio leonés, alma de la Comisión de alojamientos, que se ha granjeado generales simpatías por su característica actividad que corre parejas con su singular destreza; D. Antonio L. Robles y D. Santos Sánchez, representantes populares también en dicho Excmo. Ayuntamiento, quienes han contribuido en lo que estaba de su parte a la segura marcha inicial de la Junta; D. Antolín Gutiérrez Cuñado, de la comisión de propaganda, como Director del periódico católico de la ciudad, y don Tomás Gala Manso, cuyo entusiasmo sin medida, unido a su carácter bondadoso y a una bien cortada pluma, le trocó en el verdadero heraldo de la Peregrinación.

Faltan a la sesión los señores D. Rogelio Arias y D. Rafael Otero, Beneficiados de la S. I. Catedral, expertos e incansables maestros en el difícil arte del hospedaje, enviados de antemano para disponerlo todo a punto. Ausente está también el R. P. José del Valle, Superior de la Residencia de PP. Jesuitas, cuyo celo ardiente y certero juicio no ha podido la

Junta a última hora aprovechar a causa de la dolencia que aqueja a tan apostólico y ejemplar hijo de San Ignacio.

¡Que el Santísimo Cristo de la Agonía y la excelsa Protectora de los peregrinos, la Virgen del Camino, paguen con superabundancia a todos los sacrificios realizados en pro de la perfecta organización!

Ahora a descansar, que hay que levantarse temprano.



DE CAMINO

¡Arriba! que el fuerte estampido de una bomba real, como una poderosa voz de júbilo, resuena por toda la ciudad, anunciando la hora anhelada de ponerse en movimiento los peregrinos.

Es muy de mañana, las cuatro; pero ¿quién conoce hoy la pereza? Durante la noche ha llovido copiosamente. Las nubes que por espacio de varios días han enviado a los campos agua

abundante como una bendición para la sembradora, se entoldan ahora en el cielo para dar salida franca de la hidalga ciudad de los Guzmanes a los gozosos peregrinos. Es de verlos afluir por las solitarias calles y engrosar los grupos por las aceras de Ordoño II, en cuyo asfalto acharolado por la reciente lluvia reverberan las luces eléctricas. Es de contemplarlos en inusitado movimiento por el andén, buscando a su jefe respectivo para formar los grupos en decena, compuestos de personas amigas o conocidas en su mayor parte. Todos ostentan con legítima ufanía el distintivo de la Peregrinación con su lacito morado.

Puntual, como siempre, llega el venerable Prelado, a quien acompaña su Secretario de Cámara y Gobierno, siendo acogido con filial cariño. Los coches largos y hermosos, todos de material selecto, excitan a tomar asiento pronto. Dispuestos están de tal manera, mediante carteles numerados, que sin confusión de género alguno se verifica la toma de posesión del lugar que a cada cual corresponde. En el espacioso andén sólo quedan ya las numerosas personas que han acudido a despedir a los peregrinos: ¡santa envidia se refleja en sus semblantes! Suenan los repiques de salida; es-

tallan a porfía en los aires las ruidosas bombas; silba la locomotora prolongadamente como uniéndose a la alegría de los piadosos viajeros; rompen éstos a cantar con santo júbilo el Himno-plegaria, y parte majestuoso el tren con aire de triunfo, en medio de la explosión de vítores enardecedores...

Una estación y otra estación, y en todas las mismas clamorosas manifestaciones de cristiano afecto fraternal al ir recibiendo a los nuevos compañeros que se van incorporando, llorosos de emoción suavísima. El cielo, todavía encapotado, taniza tenue llovizna; pero aunque cayese el agua a chaparrón ¿quién es capaz de apagar el incendio de entusiasmo que va con nosotros, desbordado afuera en victoriosos vivas y cánticos?

Raudo corre el tren por la planicie del páramo: hemos entrado ya en la ondulada y fértil Tierra de Campos: ahí está Sahagún con su ocaso de gloria, deshecha en escombros la celeberrima abadía. ¡Grajal! El Castillo almenado y el señorial Palacio nos hablan de los ilustres Vegas y Osorios. ¿Qué argentinas voces son las que aquí se escuchan? De los niños de Escuela, que han salido a redoblar nuestro entusiasmo. Cantan a su modo el Himno de la

Peregrinación. ¡Bien por Grajal de Campos! Pues nada te digo, después de pasada la villa de Casado del Alisal, cuando llegamos a Cisneros, cuyo nombre evoca la magnánima figura del sin par Fray Francisco: nada menos que con una banda de música con todas las de la ley ha salido el pueblo a tres kilómetros de distancia, a testimoniarnos su amor fraternal. ¡Viva Cisneros!

Y vuelve el tren a devorar distancias en un correr vertiginoso sin detenerse hasta Paredes de Nava, la patria del genial Berruguete, y de otra tirada hasta Palencia, florón preciado de la región leonesa y castellana. Ahí la tienes delante de tus ojos a orillas del Carrión: a la memoria se viene el sitio del Duque de Lancaster, fracasado gracias al arrojó de las mujeres palentinas, en recuerdo de cuya hazaña concedióles el Rey el uso de franjas de oro en sus mantos y tocados. En el andén nos espera para cumplimentar a los peregrinos una Comisión presidida por el M. Iltre. Sr. Madrigal, organizador de las dos peregrinaciones a Limpias realizadas a la sazón en la Diócesis de San Antolín. Nobleza obliga a serles agradecidos.

Entretanto no dejes inadvertido lo que ocu-

rre al cambiar de máquina el tren. Está engalanada la nueva con un enorme corazón puesto al frente. En él se lee: «Peregrinación Leonesa a Limpias». Corónale un gran cuadro de Ntra. Sra. del Camino entre dos banderas españolas: es decir, que desde Pañencia va a llevar el tren públicamente entronizada la adorada imagen de la Patrona de la Región leonesa, nuestro guía celestial en la sagrada ruta emprendida. ¡Oh, cómo suenan ahora las viriles estrofas del admirado poeta Ballarna:

Del Camino la Virgen amada
nos inunde de santo fervor,
y que en todos del Cristo de Limpias
fructifique la nueva pasión.

De esta tierra española bendita
que la fe por el mundo extendió,
las montañas, los valles, los riscos
se levanten al toque de amor...

Desfilan otra vez por la llanura valles y pueblos: Monzón, Amusco, Piña, Frómista y Herrera. Nos halagan estos nombres, evocadores de gestas castellano-leonesas. Alar del Rey, que semeja una colmena de industria, como extremo del Canal de Castilla; Mave con su magnífico priorato de Santa María, citado

por el cronista Sebastián como el primer palenque de las conquistas de Alfonso I; Aguilar de Campóo que asentado en alegre valle bañado por el Pisuerga, recuerda la rota primera de los indomables cántabros.

El paisaje ha variado: ya atrás el terreno ha comenzado a encrespase y las lomas se van transformando en montañas. Entra en Mataporquera al punto preciso de nuestra llegada el correo de Bilbao a La Robla, cuyos viajeros quedan asombrados a la vista de nuestra vistosa locomotora. Los macizos montañosos aumentan; se suceden los túneles para salvar aquéllos, y cántanos ya cerca del lugar destinado a comida y reposo.

Un alto de descanso; que ya llegamos a la pintoresca población del río famoso que da nombre a la Península Ibérica: Rejosa. El recibimiento que se nos dispensa es digno de la hidalguía del pueblo castellano: cohetes, vivas, clero, muchedumbre, derroche de entusiasmo. Pie a tierra, cambio de impresiones y a comer. La comida, servida a pedir de boca a los 456 peregrinos, se desliza en franca expansión y fusión de afectos. De alabar es la pericia y actividad desplegada por D. Baltasar Pérez, Jefe del Depósito de Máquinas, quien en compañía

de su distinguida señora y virtuosas hijas, ha proporcionado a los peregrinos todas las posibles comodidades. La despedida es digna del recibimiento. ¡Hurra por Reinosa!

Al tren de nuevo, que crece la impaciencia por llegar a Santander. Seguimos la orilla tortuosa del Besaya. No tardando aparecerá Torrelavega con el recuerdo de Garcilaso: lástima de tiempo para poder contemplar el Cristo de Montañés, la estupenda obra escultórica que perteneció a la Casa de Osuna.

La tarde declina... Estamos, por fin, en la hermosa ciudad cántabro-castellana.

La nobilísima ciudad que guarda, según la tradición, cual rico tesoro, las cabezas de dos de los ilustres hijos del ínclito Centurión leonés, la ciudad de San Emeterio y San Celedonio no podía menos de recibir con los brazos abiertos de par en par a los representantes de la ciudad de San Marcelo. Y así es. Ahí lo ves. Abarrotada está la estación de gentío que prorrumpen en aclamaciones imponentes entre los acordes vibrantes de dos bandas de música: es esto algo escalofriante de dos pueblos que se abrazan como hermanos en el desbordamiento de la efusión. Al frente de la multitud están el Ilmo. Sr. Vicario Capitular, el Sr. Gobernador

y el Sr. Alcalde que se adelantan a rendir su saludo al Excmo. Sr. Obispo y a la Junta Directiva de la Peregrinación. La marcha se organiza trabajosamente camino de la Iglesia de los PP. Jesuitas, en medio siempre de la efervescencia del entusiasmo. Los acentos del Himno resuenan por las calles de Santander.

Sube el gentío la doble escalinata que conduce a las puertas de la esbeltísima Iglesia. Magnífica se eleva a la entrada la estatua del Sagrado Corazón de Jesús que parece bendecirnos. La muchedumbre se congrega bajo las altas bóvedas del hermosísimo templo. El M. Itre. Sr. Camporedondo, Lectoral de Santander saluda a los peregrinos en nombre de las Autoridades.

«Os recibimos con el alma—dice—porque somos dos pueblos hermanos y tenemos algunas glorias comunes. ¡Oh si aquel antiguo Lectoral de León, el Sr. Castro, que salió de la *Pulchra Leonina* para subir al trono episcopal de Santander, viviera ahora! Aquí estaría y de aquí iría en persona con vosotros, pues era mucho lo que os amaba. Vais a Limpias con el mismo derecho que nosotros; la imagen del Santísimo Cristo de la Agonía es vuestra lo mismo que nuestra, del mundo entero. Bien

venidos seáis, nobles leoneses...» A este cariñoso saludo hay que corresponder, y el felizmente encargado de ello es nuestro M. Ilustre Sr. Magistral que sabe interpretar de modo adecuado los hondos sentires de los peregrinos. Después de saludar al pueblo santanderino en nombre del pueblo leonés, añade: «Dice bien el M. Itre. Sr. Lectoral: si el Sr. Obispo de Santander no estuviese en el cielo, aquí estaría ahora con nosotros. Mucho le queríamos por santo y por sabio... Os agradecemos con todas veras la acogida cariñosa. No podemos olvidar que tenemos a la entrada de León la estatua de Guzmán el Bueno, prototipo legendario de la fidelidad y nobleza.....»

La Bendición del Excmo. Prelado pone fin a este acto de recuerdo imborrable.

Distribuyéanse luego los grupos por las fondas y hoteles señalados sin el menor incidente. Sigue la organización tan perfecta como al principio: un aplauso más a la Junta organizadora. No hay ya más que una idea: que amanezca pronto el día siguiente para volar a Limpias en alas de deseo.

A cenar, pues, y descansar que mañana será de día.

EL DÍA MEMORALE

Amanece con el cielo encapotado. ¡No importa! Ni la lluvia que amaga, ni el viento de ráfagas molestas, ni obstáculo de linaje alguno son capaces de hacer decaer en lo más mínimo el levantado espíritu de los peregrinos.

El anciano Prelado, cual vigilante Pastor de esta escogida grey que sigue sumisa y gozosa sus pasos, es el primero en dar ejemplo de santa y comunicativa alegría yendo a ocupar asiento en el tren, también especial, de Santander a Limpias.

A medida que se acerca el pueblo afortunado crece el anhelo de los peregrinos que se manifiesta en cánticos llenos de unción y piedad, principalmente el fervorosísimo Himno-plegaria en donde los autores Srs. Alvarez y Escudero pusieron su corazón y el Mtro. Uriarte toda su alma. El corazón late apresuradamente al sentir próximo el santo lugar de la Peregrinación, hacia donde han estado reconcentrados durante mucho tiempo todos los anhelos.

Llegamos, por fin, al pueblo dichoso con el ansia de rendirnos ante las plantas divinas ta-

ladradas del Smo. Cristo de la Agonía. Llovizna El magnífico estandarte se despliega al aire por un abanderado; síguele el ejemplar Prelado sin reparar en el agua que descendie tranquila, ni en el lodo de la carretera, sino puestos sus ojos en el Imán divino; marchan imperturbables, detrás, soportando alegres la inclemencia de la lluvia todos los peregrinos, cantando con más encendido fervor, y llenando de respeto religioso a cuantos lo ven pasar:

*El pueblo de la Virgen del Camino,
el pueblo leonés
aquí l'ega, Señor, hoy peregrino,
y ríndese a tus pies.*

¡Oh, cómo resuena el eco del Himno por estos paradisiacos lugares! ¡Qué gusto interior siente el alma y cómo se regala el oído con los dos primeros versos:

*El pueblo de la Virgen del Camino,
el pueblo leonés,*

y cómo la garganta, obligada por el corazón los recalca para que los oigan bien cuantos encontramos al paso! Y cómo después se des

hace en ternura el alma, casi anudándose la garganta al exclamar con toda la fuerza del sentimiento:

*Aquí llega, Señor, hoy peregrino
y ríndese a tus pies.*

¡Y se ha rendido al cabo, de hecho, inundado de amor celestial, en humillación suavísima de profunda adoración!... ¡Oh, estos momentos primeros en que todos los peregrinos caen de rodillas ante el Smo. Cristo de la Agonía, y el virtuoso Prelado inclina su cabeza venerable en íntima oración ante Jesús Sacramentado! Lo que pasa en las almas, Dios y cada uno sólo lo sabe...

Sigue la plegaria:

*¡Perdón, Señor, te pide ya contrito!
¡Piedad, Señor, te pide con fiado!
¡No desoigas la súplica ferviente
del Pueblo Leonés aquí postrado!*

Y habla el piadoso Pastor. Ora mejor dicho, en pública voz al Santísimo Cristo de la Agonía, cuyo divino semblante impresiona hondamente a los peregrinos, por haber en él una soberana majestad que vence al que le

contempla. Conmueve esa expresión sublime de dolor; arrastra ese reflejo de bondad infinita; domina ese imperio de realeza que se destaca de la doliente imagen, cuyas manos, aun traspasadas, toman la actitud de bendecir. Por eso la fe del Prelado y la de sus humildes súbditos, se desborda en plegarias espontáneas de arrepentimiento que suben hasta el cielo hacia donde miran los ojos tristes del Redentor...

Siempre habla fervoroso el Prelado leonés, pero como ahora, nunca. Dichosos los que escuchan su oración a Jesús Agonizante y a nuestra Madre del Camino. Salen obligadas las lágrimas de los ojos y se aprieta la garganta de honda emoción por la abundancia de tiernísimo amor de Dios y de la Virgen del Camino. Saluda al Santo Cristo de la Agonía en nombre de su Diócesis, hermosamente allí representada; hace la presentación al Redentor, de la Peregrinación leonesa, y suplica enardecidamente, con fé propia de Apóstol, gracias y bendiciones para todos sus diocesanos; pide con el corazón abierto y con palabras que arrancan el alma, por los enfermos que hemos traído; interpone el valimiento de la omnipotente medianera la Santa Virgen del Camino y

termina con una protestación de amor a Cristo Crucificado que embarga de ternura las almas de todos, y arrasa de lágrimas los ojos de todos también. No puede haber preparación mejor para la Sagrada Misa de Comunión que comienza inmediatamente.

Suenan los flautados del órgano y con ellos la melodía dulce de un «Ave María» a la misericordiosa Patrona de la Peregrinación. Descienden luego de la cátedra sagrada como rocío benéfico las palabras de los fervorines del Rvdo. P. Monjas, y llega el momento solemne de la Comunión. El Excmo. Prelado, ayudado de los M. Iltres. Sres. Secretario de Cámara y Magistral, distribuye el Pan de los Angeles que sabe, en especial hoy, a suavísimas mieles celestiales.

Terminado el augusto Sacrificio y hecha la acción de gracias salimos del templo para tomar el desayuno.

Ha cesado de lloviznar, y poco a poco se van barriando las grises nubes, dejando a la vista un cielo limpio teñido de bello añil. Con la lluvia se han lavado las frondas y las praderas, y aparecen con tonos nuevos estos encantadores panoramas, iluminados por la alegre luz de un sol refulgente. ¡Día de sol!

Recrea la vista un rato con las maravillas naturales que ha prodigado aquí la mano generosa del Supremo Hacedor, desayúnate, y vuelve al templo que es el centro de todos en este dichosísimo día.

Cabe la gracia de celebrar el augusto Sacrificio solemne al M. Iltre. Sr. D. Manuel Domínguez, Arcediano de la S. I. Catedral de León, asistido de los señores Otero y Arias, Beneficiados de la misma, todos de la Junta Central de la Peregrinación. Cantan los peregrinos a dos coros la Misa «De Angelis» con edificante unción.

Y sube al púlpito el M. Iltre. Sr. D. Clodoaldo Velasco. Una plegaria al Santísimo Cristo de la Agonía es el exordio. Escoge como tema las palabras de Cristo en la Cruz: *Sitio* y *Ecce Mater tua*, dedicando a la primera parte la explicación de la sed infinita de almas que siente desde el árbol de la cruz el Redentor, y el anhelo vehemente de las almas buenas de satisfacer esa sed divina; la segunda parte versa acerca del amor de Cristo para con la Región leonesa, al entregarle como prenda de amor a la Virgen del Camino, como si aquellas palabras *Ecce Mater tua* las hubiese dirigido de un modo especial al pueblo leonés, y concluye



con acentos de perdón y clemencia para todos.

Concluida la Misa solemne, puedes dar otro rato de honesto esparcimiento a la vista con la contemplación del apacible paisaje.

La comida se lleva a efecto con extraordinario orden y comodidad. Se distribuyen los peregrinos en dos tandas para facilitar el servicio, que es a gusto de todos.

Y de nuevo al templo, que nos atrae como un misterioso imán.

El Viacrucis es uno de los actos religiosos más conmovedores. El R. P. Laureano de las Muñecas, Capuchino, le dirige desde el púlpito: ¡con qué fervor se reza al final de cada estación! ¡Cómo caen en el alma las notas sentidísimas del cantor:

*¡Señor! Arrepentido
ya mis pecados lloro;
misericordia imploro
¡piedad, Señor, piedad!*

Clavados están en la amorosa imagen de Jesús Agonizante los ojos de todos, contemplando sin cansarse ese prodigio de amor, que obliga a exhalar continuadas plegarias. Hay un momento de intensa emoción al considerar

la estación «Jesús muerto en la Cruz». Algunos peregrinos favorecidos con el prodigio, no pueden contener dentro del pecho la impresión y exteriorizada ésta con acentos de amor abrasado, conmueven a la muchedumbre que redobla el fervor ante la prodigiosa imagen del Santísimo Cristo. Se llenan de lágrimas los ojos de muchos, y rezan con más fé todos, fija siempre la mirada en ese rostro bañado de las tristezas y bondades de un Dios que muere de amor por los hombres.

Ahora brota clamoroso, imponente, avasallador, el canto de penitencia, el «Perdón ¡oh, Dios mío!»

Yo fui quien del duro
madero inclemente
te puso pendiente
con vil impiedad.

Se hace la exposición de Jesús Sacramentado, y aparece a continuación en la cátedra sagrada el R. P. Capuchino Fray Paulino de Cervatos, y escogiendo como apropiado tema la jaculatoria del Vía-crucis «Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte del Redentor y los Dolores de su Santísima Madre», expone las grandezas y misericordias de las bondades divinas encerradas en Cristo clavado en la Cruz, y las ternu-

ras y gracias de nuestra Madre celestial la Virgen del Camino. Momento impresionante en el que balbucea una ardiente súplica por los enfermos.

Se reza a continuación el Santo Rosario con devoción acrecentada, y hace la reserva el Prelado, asistido del señor Arcediano y del señor Párroco de San Marcelo. Y cierra solemne el Himno de la Peregrinación los actos religiosos públicos de este día dichosísimo: son las cinco menos veinte minutos de la tarde.

La campana convoca a los peregrinos, y con el mismo orden que a la venida, cantándose más vivamente si es posible, que a la entrada cuando era recibida en la estación por el anciano Párroco y después por el Coadjutor vestido de capa y precedido de la cruz parroquial, sale de Limpias la Primera Peregrinación Leonesa, guiada felizmente por la Virgen del Camino, cuya imagen lleva grabada el estandarte.

Arranca el tren. Los ojos se vuelven como por instinto hacia el Lugar sagrado. Desaparece ¡ay! de nuestra vista el pueblo feliz adonde acuden millares de peregrinos, «no por curiosidad de turistas, ni frivolidad y pasatiempo, al decir de un amante del Santísimo Cristo,

sino a llorar al pie de aquella Cruz como María Magdalena; a convertirse como Dimas los que hayan menester de conversión; o a enardecerse más en el amor divino los que amen de antemano como el Discípulo Amado; a incorporarse con el divino Paciente, como la Madre Virgen, y volver—háyase visto el milagro o no se haya visto—golpeándose el pecho como el Centurión romano, y diciendo con la lengua y con las *costumbres*:—En verdad que este hombre era el Hijo de Dios». ¡En cuántos, ciertamente, se reproduce allí la historia amarga, pero consoladora de las lágrimas de San Pedro, Titular de aquella Parroquia, escogida por Cristo nuestro Señor para extender sus divinas miradas!

Et conversus Dominus respexit Petrum..

Et egressus foras Petrus flevit amare..

Las coloreadas luces del crepúsculo se reflejan en las aguas de las marismas de Santoña. La noche se viene a buen andar. Un rato más de conversación animada, y dentro de poco estaremos de regreso en la «muy noble, siempre leal y decidida» Santander.

Brilla ya como un cielo estrellado la ciudad.

A nuestros oídos llega el alborozado saludo de las campanas del Convento de PP. Pasionistas. Ea, pie a tierra de nuevo. Ahí van los de nuestro grupo. Agape fraternal de charla cristiana y a dormir.

Solos estamos. A la cabecera de la cama nos tienen puesto un Smo. Cristo de Limpias. ¿Cómo no venir a las mientes el inspirado soneto del santanderino Amós de Escalante a «El Cristo de mi cabecera»?

Tú velas en la Cruz, donde clavado
te deja, y vergonzoso y dolorido,
más que el odio de un pueblo fermentido
la pesadumbre inmensa del pecado.

Tú velas en la Cruz, y descuidado
duerme a tus pies mi espíritu rendido,
en medio del silencio y del olvido
de un sueño en otro sueño transportado.

No sabe si hallará cuando despierte
los dolores y halagos de la vida
o el juicio y residencia de la muerte.

Si tú, Señor, le compadeces, cuida
de hacerle amar tu hora, la de verte,
si esperada quizás, siempre temida.

Antes de pegar los ojos, flotan en la imaginación las escenas de tan venturoso día, y

siente el corazón que le invade el agridulce de la nostalgia. ¡Oh, mil veces bendito día 8 de octubre de 1920! ¡A fuego quedarás grabado por siempre y para siempre en lo más íntimo de nuestra alma..!



HORAS DE SOLAZ

Espléndida y radiante viene la mañana como un regalo del cielo. Lo primero es asistir a la Misa de Comunión general en la iglesia de los PP. Jesuitas. La celebra el ' xcmo. Sr. Obispo. La hermosura del templo, la suavidad de los motetes y la edificación de los peregrinos transforman el templo en un remedo de la gloria. ¡Qué recuerdos tan gratos nos quedan de todos estos actos!

Como no están reñidos, ni mucho menos, con el espíritu de sacrificio que debe informar a la Peregrinación, los ratos de honrado entretenimiento y legítimo placer que se presentan a la mano, concedióse a los peregrinos el

día libre para que visitaran la bella capital de «La Montaña» y se espaciaran ante el grandioso cuadro de la naturaleza, el mar, que van a contemplar extasiados por vez primera muchísimos.

Encaminémonos a la playa celebrada. Un tranvía nos llevará casi hasta el mismo «Sardinero». Puedes admirar desde el camino la pulcra población, pintorescamente recostada en la ladera del monte, bañándose las plantas en las aguas de la bahía. ¿No has visto nunca el mar? Observo que tu corazón late apresuradamente, como si le faltara tiempo para disfrutar de la magna visión. No lo extraño: así me ocurrió la primera vez que yo iba a tener la dicha de contemplarle. El alma estaba impaciente, anhelante, algo sobrecogida. Pasaba mi espíritu por ese inexplicable estado mezcla de inquietud, ansia y temor que precede al descubrirse el velo de lo grande y misterioso...

Mira los bonitos hoteles que van desfilando. A la derecha se divisa ya el sorprendente Palacio Real de La Magdalena, encumbrado sobre el mar. Bájate del tranvía. Da unos pasos y estarás frente a frente ante un cuadro de soberana grandeza del poder de Dios. ¡Ahí está el mar! Te dejo ensimismado y atónico hasta que

salgas del primer estupor... La playa inmensa está salpicada de personas como puntos oscuros. Cerca de nosotros hay un grupo de niñas lindamente vestidas, que juegan con las olas, acercándose y huyendo de ellas como la Gala-tea de Gil Polo que

junto al agua se ponía
y las ondas aguardaba,
y al verlas llegar huía,
pero a veces no podía
y el blanco pie se mojaba.

También se mojan los pies con sobresalto las buenas mujeres que están como embebecidas mirando las olas, cuando alguna de éstas, con un atrevimiento inesperado vienen más acá de la cuenta, y aquí es el gritar y el correr entre incidentes cómicos, no faltando alguna graciosa caída con el consiguiente ensopamiento.

El distintivo declara que son compañeras nuestras.

—¿De dónde son ustedes?

—Nosotras de Grajal y éstas de Mayorga.

—¿No habían visto nunca el mar?

—No señor, nunca.

—¿Y qué les parece?

¿Qué nos va a parecer? Que es muy hermoso y muy grande. ¡Qué grande! Yo que no había visto más que la laguna y el río de mi pueblo!...

—Y diga usted—añade otra—Dicen que toda esa agua está en comba? Casi no se puede creer...

Procuramos dar alguna idea de ello, pero que si quieres. Dejémoslas a su modo admirar la obra de Dios, llenas de sano regocijo. Tíende tú la vista por la líquida llanura que se abre extensamente: ¿no reproduces en la imaginación la tierra castellano-leonesa de esas buenas mujeres, el «mar de arcilla» de Campos?

Ya lo dijo el poeta:

ancha y sin sombra es Castilla,
cual mar de pajizas ondas
que se repliegan gimiendo
hacia sus lejanas costas.

¿Cómo no recordarlo si hasta las siluetas de los apartados buques semejan los campanarios de los pueblos de la llanura en donde

sólo la torre del templo
alza su cabeza hermosa
entre rubicundas mieses
como el barco entre las olas?...

Empero, si deseas ver el mar sin estorbo ninguno en su imponente sublimidad, si quieres ser hipnotizado por su magia irresistible, crucemos la playa, subamos por este pico escabroso del acantilado negruzco que se interna arrogante por entre las bravías aguas, y sentados sobre el peñasco contra el cual se estrellan, gocemos a solas del maravilloso espectáculo. ¡Ajajá! Estamos a nuestras anchas. A los pies del peñón que nos sostiene llegan las olas en caprichosos e incesantes remolinos, coronados de nítidas espumas que al deshacerse producen el rumor del hervor. ¿Qué mago del pincel supo poner en el lienzo los juegos variadísimos del agua al pasar por entre los peñascos de un arrecife? ¿Qué pintor supo reunir en sus colores los tonos y cambiantes de luz de las olas?... Alza la vista y tiéndela a placer por la inmensidad de la incommensurable llanura solitaria. Deja que me ensimismo contigo en la contemplación de cuadro tan portentoso y admirable. Nada rompe la monotonía de la inquieta llanura que se confunde allá, muy allá con el mismo cielo. Tan solo se oye el acompasado murmullo de las olas. ¡Qué soledad! ¡qué grandeza! ¡qué inmensidad! ¡Cómo se experimenta aquí ese in-

definible sentimiento de nostalgia que embarga al hombre cuando se pone en contacto con la naturaleza en sí misma, despojada, como enseña Balmes, de todas las condiciones que la refieren a los individuos, haciéndonos gozar de una especie de presentimiento de lo infinito! ¡Ya está el alma levantada a Dios, el Supremo Hacedor, el Artista Supremo, el que corona de rosas la aurora, incendia los ocasos, viste de bosques las montañas,

El que freno dió al mar de blanda arena!

¿Estás satisfecho? Vamos al «Acuarium» para que, como complemento, admires algunas de las maravillas que se encierran en la profundidad de las aguas marinas. ¡Oh!, te oigo exclamar. Ya suponía que habían de agradarte sobre todo los ejemplares de antozoos, es decir, los animales flores. Ocasión te ofrecen para alabar la sabiduría del divino Artífice.

Es más del mediodía. Vayamos de retirada por el muelle dando un paseo. Tentador buque de bandera holandesa el que está ahí amarrado: ¿te place subir a él? Pues ¡hala! Amables son los tripulantes que nos permiten ver desde el profundo y sofocante cuarto de calderas hasta la torre de observación. La limpieza y el

orden resplandecen por todas las dependencias de esta diminuta población flotante.

Una vuelta por los jardines de la dársena para que te recrees con la vista del monumento elevado a la memoria del glorioso autor de «Sotileza», el Cervantes contemporáneo, que, como el auténtico, el del Quijote, es de los nuestros. La hechura del monumento recuerda «Peñas arriba» ¿verdad?

Y ahora a comer, que ya es hora. La comida sigue siendo buena, variada y abundante: otro motivo de agradecimiento a los organizadores. Detrás de los postres, te obsequia hoy por propia cuenta con café y copa uno de los peregrinos de nuestro grupo para festejar el día de su santo: ¡que le tenga muy feliz!

La tarde... puedes emplearla en dar una vuelta por mar en una gasolinera en compañía de unos obsequiosos amigos, mientras yo subo al alto en donde se levanta el nuevo Colegio de PP. Agustinos para contemplar agusto el panorama sorprendente que desde allí se abarca a ver. La bahía semeja un lago encantado de fantásticos alrededores; el alegre caserío escalonado de la población muestra al sol toda su hermosura, y del otro lado se expande la inmensidad del mar azul...

De camino para la Iglesia de PP. Jesuitas en donde han de celebrar los peregrinos el último acto religioso en común, visitemos, aunque sólo sea de pasada, la Biblioteca de Menéndez y Pelayo: que sería falta imperdonable el no consagrar un recuerdo al sin par sabio polígrafo, juez de la literatura universal, de quien pudo decir Vázquez de Mella, que al comenzar las oposiciones memorables a la cátedra de la Lengua y Literatura castellanas, trazó el programa de toda su ciclópea labor al trazar la señal de la Cruz, santiguándose devotamente. Cerrada y sola está la Biblioteca; pero podemos asomarnos por la rejilla. Se divisan los estantes abarrotados de libros: parece surgir en el silencio la venerable figura del maestro, el que cinceló «Los Heterodoxos», el que rehizo la verdadera historia de España, el que exhaló el último aliento sobre el Crucifijo, «y entonces—son palabras del mismo Mella—no fué sólo Menéndez y Pelayo el que besó a Jesucristo; fué también Jesucristo el que besó en él a la Ciencia española».

Pero apresura el paso que se acerca la hora de estar reunidos todos los peregrinos en el templo. Rezamos el Santo Rosario, previa exposición solemne de Su Divina Majestad, reci-

bimos la bendición del Prelado con el Santísimo, y terminamos con la Salve popular española, cantada para disponernos al regreso.

A recoger de prisa los bártulos, y a la estación que se hace tarde.



EL REGRESO

El tren dispuesto está para la marcha. Los peregrinos comienzan a afluir como por ensalmo. Muchos traen la cena arregladita en sendos paquetes. Grande es la animación. Los grupos se rehacen y ocupan los coches numerados. Un gran gentío ha acudido a despedir a los peregrinos. Ahí están las Autoridades conversando con el Excmo. Sr. Obispo. Los señores de la Junta se desviven porque todo se deslice como una seda. El estrépito de unas bombas anuncian la salida. Silba la locomotora. El gentío prorrumpe en vivas agitando pañuelos y sombreros. Los peregrinos contestan y corresponden con todo el entusiasmo, y en me-

dio de estas efusiones de amor arranca el tren que nos separa de esos cariñosos hermanos. Hidalgamentente, noblemente, cristianamente se ha conducido el pueblo de Santander: ¡viva el pueblo de Santander!...

Los cánticos no cesan, reforzándose al paso de las estaciones.

Los jefes de grupo reparten una hermosa estampa del Smo. Cristo de la Agonía, en cuyo respaldo está inserto el acto de contrición «No me mueve mi Dios para quererte» y este letrero: «Recuerdo de la Peregrinación Diocesana Leonesa, 1920». La persona piadosa que tal fineza hace a los peregrinos oculta cuidadosamente su nombre: no podrá ocultarle, sin embargo, a los ojos del Smo. Cristo, que le pagará con creces esta prueba de amor.

¿Qué profusión de cohetes y vivas son esos a estas horas de la noche? ¡Ah! estamos en la estación de Fragüas. No hay sorpresa para quien supiera de antemano que en este pueblo vive ejerciendo su noble profesión del Magisterio la leonesa Calimeria Montiel, entusiasta como quien más de la devoción al Santísimo Cristo de Limpias. Con los peregrinos viene desde Santander, y aquí desciende siendo aclamada de sus paisanos.

Al atravesar las montañas de Reinosa, en una de las estaciones, un grupo de mozos, mineros probablemente, envueltos en las tinieblas de la noche, silban y blasfeman como energúmenos: los dos bandos contrarios, que San Agustín personificó en las dos ciudades que han de estar en presencia y lucha hasta la consumación del tiempo: los que obran al influjo del amor con la Cruz por bandera y los que se mueven a impulso del odio. Cuando el tren marcha, uno de los desgraciados blasfemos tiene la osadía de subirse al estribo de un coche; mas al ser perseguido al poco tiempo por el Sr. Interventor, pierde el equilibrio y se derrumba por la pendiente de un abismo: es el símbolo del paradero de los enemigos de Cristo. En medio de la rabia impotente se ven a última hora precipitados en el bártro del averno, en tanto que hoy, como ayer, como mañana y como siempre, Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera..

Sigue la marcha normal hasta Herrera de Pisuerga en donde está detenido el tren una hora, y otra hora, y otra y otra. Un poco de penitencia armoniza a maravilla con el espíritu de la Peregrinación. Amanece: pronto asomará el sol en el horizonte llano.

El retraso fortuito de Herrera obliga a los peregrinos, pues es domingo, a oír Misa en Palencia, circunstancia que motiva una nueva Comunión general, en la hermosa iglesia de San Pablo, regida por los apostólicos hijos de Santo Domingo.

Se da el tiempo necesario para el desayuno, y de nuevo a la estación, en donde nos honra la presencia del Prelado palentino, Fxcmo. Señor Barberá, que acompaña a nuestro Sr. Obispo. Unos cuantos vivas, y emprendemos la última jornada.

El tren vuela por la llanura. Sólo se detiene en las estaciones señaladas para bajada de peregrinos, quienes van recibiendo fraternal despedida.

Y a todo sol, cerca de la una, en medio de los vítores de la multicolor muchedumbre y entre los animosos estampidos de las bombas reales hace su entrada triunfal en la Ciudad de San Marcelo la Primera Peregrinación Leonesa a Limpias, esplendídisima manifestación de fe y amor que enaltece a la preclara Diócesis de San Froilán.

Saluda al noble e hidalgo pueblo de León que sale a recibir a los suyos, formando, como ves, desde la estación al templo del inclito

Centurión, como dos macizas riberas del río ingente de peregrinos, que avanzan cantando llenos de santa alegría, siguiendo las huellas del vigilante Pastor. Oleadas de gente van entrando en el templo de San Marcelo, término natural de esta grandiosa manifestación de fe. Incapaz va a ser el sagrado recinto para contener a tantos fieles. Las trompetas reales del órgano difunden un himno triunfal, y cantan jubilosos los peregrinos las misericordias del Señor. El Prelado, revestido de los ornamentos pontificales, entona un «Te-Deum» solemnísimo de acción de gracias cantado en coro majestuoso por los peregrinos, y así termina con ecos de gloria la Primera Peregrinación Diocesana Leonesa a Limpias.

Perdurable será la dulcedumbre de su recuerdo en el alma...



OFRENDA OBLIGADA

Como remate de fiesta, amigo lector que tan sumiso te has mostrado, bien será que nos acompañes hasta el fin del acto complementario de la inolvidable Peregrinación. Porque al calor de los sentimientos religiosos que abrigaba un grupo de peregrinos al volver de Limpias surgió la plausible idea de complementar la grandiosa Peregrinación con otra secundaria al Real Santuario de la Virgen del Camino, con el fin de llevar a las plantas de la Patrona de la Región leonesa, celestial Protectora de la Peregrinación, el magnífico estandarte que nos ha servido de bellísimo símbolo.

Seguro estoy de que te agrada tan loable iniciativa.

Dí: ¿No has parado mientes en cómo el Real Santuario se divisa enfocado desde la Plaza de Santo Domingo? Enfila la mirada a lo largo de la moderna calle de Ordoño II entre los copudos castaños indios hacia la estatua de Guzmán el Bueno, que contemplaste al entrar en la ciudad. Toma ahora como punto de mira la estatua del heroico defensor de Ta-

rifa, y divisarás a lo lejos sobre la claridad del firmamento en el horizonte raso, el recorte oscuro de una elevada torre que se destaca como un solitario índice del cielo: es la torre del Real Santuario de Ntra. Sra. del Camino, el místico Faro de León, cuyas luces celestiales alumbran a los leoneses en las tinieblas de las noches tormentosas del alma, y les señala incesantemente el *camino* de la patria verdadera: ¡Faro bendito que recibe de la divina «Stella Maris» su perenne resplandor!

Un alborotado repique de campanas señala la salida de la parroquial de San Marcelo. A pie van la mayoría de los peregrinos. Andando, pues, con éstos, que la mañana otoñal es tibia y así disfrutaremos de un paseo delicioso, pasado el Bernesga por la puente de San Marcos, a la vista de las frondosas cercanías de León. Entretanto quiero indicarte algo de nuestra devoción a la Virgen del Camino. No hay región española—bien lo sabes—que no se ufane de venerar a la Madre de Dios y de los hombres con una advocación singular, como reflejo del acendrado y filial amor que se la guarda en el relicario del pecho. Los leoneses tienen ésta del Camino, cuyo número de devotos únicamente puede calcularse por el de

León y su antigua comarca, tierra de la cristiana hidalguía, albergue de aquellos caballeros que no dudaron entregar sus hijos al sacrificio antes de abrir las puertas al deshonor: los que volvían a Santa María de Regla, cubiertos del polvo de las batallas, con la tizona tinta en sangre agarena, para prosternarse cabe las virginales plantas de la «Amparadora de España» en acertada frase de un notable historiador. ¡Oh, si tuvieses la dicha de ver el cuadro indescriptible de fe y amor de este pueblo en la sin igual procesión de entrada y salida de la misericordiosa Patrona de los leoneses, cuando las circunstancias de la vida, ora alegres, ora tristes, la traen a la Ciudad! Entonces es el ver aquel avanzar majestuoso de la veneranda Imagen en áurea carroza de triunfo sobre un policromado bosque de flores, envuelta en torrentes de luz, precedida de los pueblerinos pendones adamascados y de las cruces argénteas parroquiales, a los acordes escalofriantes de las militares cornetas, entre el vivo clamoreo de los campanarios, rodeada de la inmensa apiñada muchedumbre, que se recoge, no obstante, en silencio de veneración, atraídos los corazones por el suavísimo e irresistible imán de la bondadosísima Madre de

los leoneses... Entonces sí que se te ensancharía el pecho y se alegraría tu alma y se te arrasarían los ojos de ternura, y tu garganta se anudaría de emoción y pugnaría en vano por salir del corazón a los labios un encendido viva a la ciudad de los Marcelos, Guzmanes, Lorenzanas, Osorios y Rebolledos, a los hijos del antiguo Reino de León, solar de proezas legendarias, cuna de héroes, artistas, sabios y santos. Ese es el pueblo leonés encumbrado por la historia y cantado por la leyenda: el que tiene erigido en el corazón de cada uno de sus hijos un altar para su amadísima Virgen del Camino...

Mas ya hemos subido a la planicie en donde se asienta el Real Santuario. Amplísimo es el panorama de pando horizonte menos hacia el Norte, cerrado por el azulado fondo de altísimas sierras. ¡Hermoso desde aquí León con sus ríos, vegas y arboledas!

Cerca está ya el Santuario. No es el edificio, como puedes apreciar, de mérito relevante, mas causa buena impresión el conjunto. Un pórtico de arcos recorre la fachada principal, el lado de la torre y el opuesto a la fachada. En ésta se destacan las Armas Reales y la imagen del Arcángel San Miguel. La torre, cua-

drangular, remata en una a modo de linterna, igual al coronamiento de la torre de Nuestra Señora del Mercado de León, Antigua del Camino.

Ea, prepárate a entrar reverentemente en el Santuario. Las tres naves de estilo gregorromano están bañadas de escasa luz. Se respira en esta penumbra un ambiente de honda religiosidad, favorecida por la presencia de multitud de cirios y velas que arden de continuo al pie de la férrea verja que separa el presbiterio. ¡Hela allí, en un bello baldaquino de plata, la milagrosa imagen de Ntra. Sra. del Camino con el llagado cuerpo de su divino Hijo en los brazos! ¡Arrodíllate y saludala en humilde y filial plegaria!... ¡Cuántas y cuán fervorosas oraciones ha escuchado desde este lugar esa celestial Madre! ¡Cuántos pechos han desahogado aquí el acervo de sus penas! ¡Cuántas gracias derramadas sobre millares y millares de hijos fieles desde ese Trono de gracia y misericordia! Por eso muchísimos, innumerables, pueden exclamar con el vate cristiano:

¡Madre mía, lo he gozado! Los dulcísimos instantes que mis penas me tuvieron de rodillas ante Ti fueron siglos de exquisitas dulcedumbres deleitantes que los ríos de tus gracias derramaron sobre mí...

El programa religioso dispone solamente para la mañana la Misa solemne; así es que oída con mucho recogimiento, podemos pasar antes de la comida hasta la ermita del Smo. Cristo del Humilladero. Este recorrido es, como lo están indicando las esbeltas cruces de piedra, el de los famosos viacrucis que hacen los devotos antes de la romería de San Miguel. Lástima, a la verdad, que no asistas a uno de ellos! Te edificaría sobremanera el rezo a guisa de rumor de colmena, y sobre todo el sacrificio de muchas «novenarias» que hacen, unas descalzas y otras de rodillas, el recorrido de las estaciones, entre las primeras sombras del crepúsculo...

Acabada la comida, observamos con agrado la concurrencia de muchos fieles de los pueblos limítrofes, atraídos por la fiesta de entrega del estandarte. Están entretenidos en la explanada, aguardando la hora de la función religiosa. Los «rodaos» de algunas, y la disposición del pañuelo de la cabeza, nos traen el recuerdo de los pintorescos trajes regionales que se lucen, pocos ya desgraciadamente, en la clásica romería de septiembre: los típicos calzones y chalecos o las blusas ribeteadas con adornos de trencilla; los jubones, sayas y de-

lantales bordados con profusión de chillones colorines, y los vistosos zarcillos y lujosas arracadas.

Las campanas a vuelo nos congregan en el Santuario. Los peregrinos cantan el coro del Himno modificado de esta manera:

*Tu pueblo, Virgen Santa del Camino,
de Limpias al volver,
el pendón que ostentara, peregrino,
te viene hoy a ofrecer.*

Ascienden las espirales del incienso ante la sagrada Custodia en donde está expuesto el Señor, re reza el Santo Rosario y sube a la cátedra sagrada el R. P. Guardián de los Capuchinos, como presidente de la Junta organizadora, haciendo la entrega solemne del trofeo religioso a la Sma. Virgen del Camino, Guía y Protectora de la Peregrinación.

Concluida la reserva, resuenan vigorosos bajo las bóvedas del Santuario los acentos tiernos, suplicantes, de la Salve, dulcísima nostalgia del cielo, lanzados por centenares de pechos amantes de la Reina y Señora de todo lo criado...

Y en el Santuario queda el magnífico estandarte como prenda de fe y amor de los peregrinos, y donde una mano de artista, la del ilus-

tre Cárdenas, trazó con cariño la imagen bendita de la Patrona de los leoneses...

Cuesta trabajo, a la verdad, apartarse de esta grave morada y despedirse de esta Madre misericordiosísima; mas cae la tarde y se van los peregrinos. En la soledad del páramo queda el Santuario querido y en él permanece, al borde del paso de la carretera, la Virgen Milagrosa, avisando a todos con la dolorida exclamación del *O vos omnes qui transitis per viam...* esculpido en góticos caracteres a sus plantas, que el verdadero camino de la patria celestial para los «pobres desterrados hijos de Eva que gimen y lloran en este valle de lágrimas» no es otro que el del dolor resignado. Por eso todos vosotros, los que camináis por el páramo de la vida con la frente sombreada por la desgracia, los que marcháis encorvados bajo la pesadumbre del infortunio, venid a los pies de esta Madre dolorosísima, Corredentora del linaje humano, y ved si hay dolor semejante a su dolor!

Puesto que fuerza es desandar el paseo de la mañana, te invito, lector piadoso, a meditar por el camino la lección hermosa que nos da esta afligidísima Madre. La hora melancólica del ocaso y la tristeza de la despedida propi-

cias son para esta rumia sosegada de la meditación, que, de seguro, te será provechosa.

Harto lo sabes: compañero inevitable del hombre es el dolor. El llanto es el primer lenguaje del niño y... el último del anciano. La herencia humana de lágrimas riega en demasía con frecuencia el duro sendero del vivir. Lágrimas en los enfermos, sí; pero también en los sanos; lágrimas en los pobres, cierto; pero también en los ricos, y tal vez ¡ay! más amargas. El dolor es una realidad viviente, la felicidad, una luz fugitiva. No hay corazón que no tenga alguna herida oculta; y cuanta más delicadeza atesore, tanto más lacinantes serán sus penas. El dolor es una consecuencia del mal, pero no el mismo mal. Castigo o prueba es — aunque te parezca paradoja — un regalo de Dios. Así lo entendió la mística Doctora al exclamar con acento sublime: «Padecer o morir». En cambio el incrédulo forcejea exaltado entre «placer o desesperación». Y como el placer es tan remiso y deja en su copa, después de gustada, el acíbar del hastío, es digno de lástima quien se expone a derrumbarse en la sima de la desesperación. Sólo la Religión, única verdadera, de Aquél que dijo «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán con-

solados» es la que resuelve el pavoroso problema del dolor, ante la Reina de los Mártires con su divino Hijo, el Varón de dolores.

Mas... suena la dulce campana de la oración; vuelve la vista hacia el lejano Santuario, cuya silueta oscura se destaca sobre las rojizas tintas del crepúsculo, reza las «Ave-Marías» del Angelus, y permíteme que antes que se borre de nuestros ojos la sagrada morada de nuestra Patrona, me despidas con una plegaria:

¡Madre mía del Camino! ¡Madre mía de la Piedad! Cuando la desgracia desate su furia sobre mí cruzándome cruelmente el rostro; cuando llame a mi puerta la muerte en busca de algún ser querido; cuando me abrasen las lágrimas ardientes y el corazón se me oprima en mortal congoja... haz, Madre mía, que bese sumiso la mano de Dios que sabiamente me hiere y que caiga a tus plantas a desahogar la pena, llorando al pie de la cruz contigo, *¡Fac me tecum plangere!...*

La noche tiende su manto de sombras. Por la carretera bajan los peregrinos cantando:

¡Milagro de Dios!
¿Quién vive sin Ti?
¡Oh, Virgen del Camino,
tened piedad de mí!...

¡SPES UNICA!

Porque no me motejes de descortés, y lo que sería peor, de ingrato, quiero, antes de separarnos, lector amantísimo, dedicarte este postro capítulo, como premio a tu buena compañía en el viaje y peregrinación a Limpias que, a Dios gracias, hemos llevado a término venturoso.

De lo que allí acaece podemos juzgar, como en resumen, con estas palabras del sesudo P. Ugarte de Ercilla, publicadas en *Razón y Fe*: «Más de cinco mil videntes han salido de Limpias con paz, amor, dulzura, quietud, arrepentimiento y humildad, una vez disipada la turbación primera. Arrepentimiento sobre todo: ¡cuántos videntes han llorado en Limpias! Amor: ¡cuántas bendiciones y acciones de gracias al Santo Cristo! Humildad: ¿quién se ha envanecido de ser favorecido? Al contrario, muchos no vacilaron en confesar sus flaquezas, su indiferencia, impiedad, o incredulidad. Si hubo soberbia, fué más bien en los contradictores del fenómeno. Y a ese grito de amor, de gratitud, de arrepentimiento y de hu-

mildad, ha respondido en todos los confines de España un clamor inmenso de miles de corazones fervorosos, y ese clamor era sollozo de arrepentimiento, era confesión de fe, era expresión de gratitud, era vibrante manifestación de amor, de afecto y devoción al Santo Cristo de Limpias».

Pero a tiempo anticipé que no fué mi propósito inclinarte a creer los prodigios que se refieren, sino llevar tu atención a Jesús Crucificado, fundamento inconmovible de la fe, aliento perenne de nuestra esperanza y fuente inexhaustible de caridad. «Creían los que crucificaron a Cristo — escribe con singular acierto el P. Vilarriño — que con crucificarle estaba todo concluido, y ha sucedido todo lo contrario. Ellos pensaban que si moría Jesucristo en la Cruz, nadie podría creer que era el Mesías, y el mundo cree que era el Mesías porque murió en la Cruz. Pensaban que sus discípulos perderían la esperanza que tenían en Él, y el mundo religioso no encuentra otra esperanza segura de salvación, sino en el que murió en la Cruz. Pensaban que nadie, nadie, adoraría ni amaría a un injusticiado en la Cruz, y todo el orbe católico está postrado al pie de la Cruz». Ahí tienes, amigo lector, el milagro máximo, que-

pretendí poner a los ojos de tu consideración con la mira puesta en lograr un poco más de amor siquiera para nuestro buen Jesús Crucificado.

Dichosos de aquellos en cuyos oídos no suene a reproche amoroso esta sentidísima queja del Lope de Vega penitente:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¿Qué extraño desvarío
sí de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía.»

Y ¡cuántas, Hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

Y dichosos los que llegan a prorrumpir compungidos con quienquiera que sea el incierto autor de esta otra preciadísima perla de la lengua castellana, que no en balde se ha dicho que está hecha para hablar con Dios:

Pequé, Señor; mas no porque he pecado
de tu amor y clemencia me despido;
temo, según mis culpas, ser perdido,
y espero en tu bondad ser perdonado.

Recérome, según me has esperado,
ser por mi ingratitude aborrecido,
y hace mi pecado más crecido
el ser tan digno Tú de ser amado.

Si no fuera por Tí, de mí ¿qué fuera?
Y a mí de Tí, sin Tí, ¿quién me librara,
si tu gracia la mano no me diera?

Mas ¡ay! a no ser yo, ¿quién no te amara?
Y si no fueras Tú, ¿quién me sufriera?
Y a Tí, sin Tí, mi Dios, ¿quién me llevara?

Hay que volver, en consecuencia, con ahinco fervoroso a la devoción de Cristo Crucificado, la primera y fundamental de las devociones. Para todos y en todo tiempo es Cristo en la Cruz «Spes unica», la esperanza única; pero mayormente al tiempo de las tormentas del espíritu, cuando el pobre náufrago peli-gra sucumbir en el mar amargo de la culpa o en el borrascoso de la tribulación. Conservo con afecto un maravilloso dibujo de Weimar que representa la esperanza. Una hermosa joven, ha logrado arribar, después de un naufragio, a un promontorio rematado por una tosca y gruesa cruz de piedra. El oleaje furioso se es-

trella en espantosos remolinos contra la dura roca. A lo lejos en el horizonte de las aguas, una raya de luz cárdena aumenta por contraste la negra cerrazón del cielo. Y la joven, con el cabello extendido por la espalda, con las manos caídas y entrelazadas en señal de dolor, se acoge a la Cruz sobre la cual se reclina, levanta la cabeza y con los ojos arrasados en llanto, mira al cielo, de donde baja por un girón de las nubes, un haz de tenues rayos que la iluminan el afligido rostro confortándola. Y es que los ojos llenos de lágrimas se vuelven naturalmente al cielo, descansando o abrazándose uno a la Cruz, en la cual está nuestra esperanza consoladora.

Y no sólo para los individuos, sino para las naciones, la Cruz es la gran esperanza, la única esperanza. El mundo moderno se desquicia y va camino de la ruina. Lleva el cáncer del odio disolvente en medio de la aparatosa civilización material, y no hay medio humano que le salve. Unos en pos de otros han fracasado cuantos remedios reputó la sabiduría de los hombres infalible panacea. Nunca dispuso en su mano el hombre de tantas facilidades de bienestar, pero nunca fueron tampoco tan grandes el exterminio y la matanza, la codi-

cia y el odio, el hambre y la miseria, malográndose, por consiguiente, las conquistas del progreso material. Aquel epitafio que San Agustín grabó en la tumba del pueblo judío, a saber: «Temieron perder las cosas temporales y no pensaron en las eternas, y así perdieron las unas y las otras», pudiera ser el de esta civilización materialista que ha olvidado para desgracia suya que el ideal supremo de la humanidad, no puede ser otro que Jesucristo Redentor, el que «haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» enseñó con la persuasión del ejemplo la obediencia a las leyes divinas y humanas, expresión de nuestros deberes, de cuyo cumplimiento únicamente puede esperarse la pacificación y armonía social.

Hay un cuadro de Beraud, de tintas sombrías, que expresa con muda elocuencia el pavoroso estado de cosas de esta Edad que agoniza entre epilépticas convulsiones, encharcada en sangre de hermanos.

Representa la escena del Descendimiento como si ocurriese en nuestros días.

En la cumbre de un monte, alrededor del árbol santo de la Cruz, se congrega un grupo de gente piadosa que asiste a la tierna escena. Un sacerdote de pie y un obrero medio de ro-

dillas sostienen los extremos del blanco sudario en que yace el cuerpo santísimo del Redentor. Abajo, en lontananza, se divisa una ciudad de magníficos palacios y una cuenca de fábricas cuyas altas chimeneas ennegrecen con su espeso humo el purísimo azul del cielo. Apartado del grupo compasivo y vuelto a él de espaldas, se contempla a otro obrero, que mira a la ciudad moderna. Tiene el pelo enmarañado, hosco el semblante y adelanta el puño diestro crispado en actitud amenazadora y todo en él parece gritar: «Civilización moderna deícida: ¿qué me das en vez del Cristo que me has arrebatado?...

Tremenda lección la de ese cuadro simbólico. Se ha suprimido de las fábricas la Cruz de Cristo que recuerda los deberes de los potentados y de los desheredados de la fortuna: no abre Cristo Crucificado sus brazos amorosos en las galerías de las minas; se ha venido, en cambio, hace más de un siglo inculcando a los obreros las ideas más libertarias y demoledoras... y los proletarios han sacado la terrible pero lógica y espontánea consecuencia.

¿Conque eso de un Dios justiciero— se han cicho—y eso de otra vida de premios o casti-

gos no es más que una burda patraña? ¿Conque eso del cielo no es más que un sueño ¡Ah! ¡Pues he aquí que hemos despertado! ¡Hemos abierto los ojos! Si no hay más que tierra, demandamos para nosotros un puesto en el báquico festín de la vida.

Y los instrumentos del trabajo que debieran alzarse como cetros de paz, se han levantado como armas de guerra fratricidas.

Y huyó del corazón de los obreros el amor, porque antes huyó la caridad del corazón de los potentados.

Y sobrevino la catástrofe que amaga destruir naciones enteras deshechas por el odio.

Y no hay salvación, si no se congrega la sociedad alrededor de la Cruz de Cristo, Dios y hombre verdadero, *Spes unica*, la única esperanza de salvación. Sólo al pie de Cristo Crucificado, reconociéndose los hombres como hermanos, volverá la caridad al corazón de los poderosos y la paciencia al de los desvalidos y sólo así pueden darse el abrazo fraternal los unos y los otros.

El dilema es apremiante, sin término medio: o se acepta y practica la doctrina de Cristo, compendiada en aquella sencilla respuesta del

Catecismo: «No hacer mal a nadie ni en hecho, ni en dicho, ni aun por deseo», o el caos de la anarquía con todo su cortejo de horrores.

Mas alíentenos la esperanza. No han faltado, ni faltan, ni faltarán jamás nunca almas buenas que oigan las enseñanzas salvadoras del Crucificado, aun a costa de los mayores sacrificios y de la misma vida, si preciso fuera. Frente a las turbas maldicientes que reniegan de Cristo, la muchedumbre de adoradores de su divinidad. Desde la Cruz acá, siempre ha estado dividido el mundo en dos bandos, que luchan frente a frente. Todos los santos y todos los genuinos y más grandes sabios han caído de rodillas a la derecha de Jesús, reconociéndole y adorándole como Dios y hombre verdadero; por el contrario, todos los más grandes monstruos de la maldad, todos los más grandes viciosos y corrompidos se han ido a la izquierda del Redentor, blasfemándole con rabia satánica. Pues a la vista de este espectáculo elocuentísimo de la Historia, había que decir en último caso: aun en la hipótesis imposible de que no fuésemos con la verdad los creyentes, mejor sería, de todos modos, ir caminando por el mundo en compañía de los santos y de los sabios, que no al lado

de los criminales y degenerados. Pero no: el mismo odio inextinguible de la impiedad hacia la obra de Jesucristo, canta, a su manera, la divinidad del Redentor. El corazón humano es de tal suerte, como observa Bouguevaud, que cuando halla un enemigo al paso, si el enemigo es insignificante, le desprecia y sólo reserva el odio para el enemigo a quien no puede vencer. «Sólo Jesucristo, dice el citado apolo-gista, logró el honor de un odio inextinguible. Jamás se le despreció; los enemigos le odiaron siempre. ¿Qué significa esto sino que Jesucris-to no cede nunca, nunca viene a menos, que sujeta las pasiones, que es rey siempre y siem-pre es vencedor?» Por otra parte, como afirmó el pensador Pascal: «Jesucristo quiso ser ama-dó y lo ha conseguido, luego es Dios». Napoleón, aquel gigante del siglo pasado, de quien se ha dicho que a su altivo mirar huyeron es-pantadas legiones de reyes, cuando se vió en la soledad de Santa Elena—ejemplo del térmi-no de las grandezas humanas—hizo desfilar un día ante su imaginación a los grandes con-quistadores de la Historia: Alejandro Magno, Aníbal, César..., se midió con ellos y se sintió, por lo menos tan grande. Pero fijó su genial mirada en la figura divina de Jesucristo y ex-

clamó: Este sí que es el conquistador de los conquistadores, porque ha conquistado el amor del universo, lo que no pudo realizar nadie. Yo mismo —añadía el Emperador— entusiasmaba a millares de hombres que morían por mí, pero era necesario el contacto de mi presencia, la hipnotización de mi mirada, la elocuencia de mis palabras; mas ahora que me hallo cautivo, ¿quién se acuerda de mí? Y sin embargo Jesucristo, siempre amado, siempre adorado, siempre vivo en la memoria de los hombres!...

Obligado se vió a reconocerlo así uno de los más conocidos incrédulos contemporáneos, cuyo nombre es indigno de ser estampado aquí, pero dignas de escucharse las palabras con que concluye su impía «Vida de Jesús». Dicen así: «Reposa en tu gloria, noble iniciador de la más sublime doctrina. Tu obra se halla concluida... Has conseguido la más completa inmortalidad. Tu nombre, gloria y orgullo del mundo, va a exaltarte durante millares de años! Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera a cuyo alrededor se libraré la más ardiente de todas las batallas. Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte, que mientras cruzaste por este va-

lle de lágrimas, llegarás a ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu nombre de los anales del mundo sería conmoverle hasta en sus cimientos».

¡Atrás, pues, protervos enemigos del Redentor! ¡Atrás con vuestra impotente rabia, odio y despecho! ¿Qué valen vuestros alaridos de réprobos, ni vuestras blasfemias de condenados, si quedan ahogadas por el clamor inmenso que resuena en los ámbitos de la Historia, y de todo el Orbé se levanta ahora como siempre, en loor sempiterno de Jesús, Rey de los corazones? ¿No lo oís? De millones de pechos salen empujadas por el amor, encendidas alabanzas que han venido repitiéndose incesantemente de confín a confín del globo, por unas y otras generaciones:

*Vexilla Regis prodeunt
fulget Crucis mysterium...*

¡Paso al Estandarte Real del Redentor! ¡Paso al Lábaro de Jesús, Rey inmortal de los Siglos, que está sobre el tiempo y el espacio, sobre las inteligencias y los corazones, presenciando el desfile de la Historia, viendo como se prosternan ante El los reyes deponiendo sus coronas y cetros de oro, los guerreros rindien-

do sus espadas centelleantes, los sabios ofrendándole la ciencia de sus libros, y los artistas las maravillas de su inspiración, y los santos el heroísmo de sus virtudes, y las vírgenes las azucenas de su castidad, y los mártires el sacrificio de su sangre, y los misioneros el holocausto de su vida y, en fin, su adoración millones y millones de fieles.

Salve, oh Jesús, Rey y Señor de las almas, única esperanza de salvación ¡*Oh Crux, ave, Spes unica!* ¡Adorámote, oh Cristo, y bendecímoste. que por tu Santa Cruz redimiste al mundo! *Quoniam Tu solus Sanctus, Tu solus Dominus, Tu solus Altissimus, Jesu Christe:* porque Tú solo eres Santo, Tú solo Señor, tu solo Altísimo, oh, Jesucristo, a quien toda criatura dé «bendición y honra y gloria y potestad por los siglos de los siglos».

¡Amén! te oigo exclamar, lector devotísimo, con los veinticuatro ancianos del Apocalipsis prosternados sobre sus rostros ante el Cordero Inmolado. ¡Amén! así prestas tu ardoroso asentimiento a la verdad fundamental de nuestra Religión Sacrosanta: la Divinidad de Jesús.

El te guarde y a mí no me deje, para que juntos también en espíritu vayamos por el áspero camino de esta vida en peregrinación al

Cielo, donde esperamos vernos por la misericordia infinita de Jesús y la intercesión de su sacratísima Madre, Madre también nuestra misericordiosísima.



Nuestra Señora del Camino

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Camino de Limpias.....	3
Conversación provechosa.....	9
El pueblo afortunado.....	14
En la morada sagrada	19
La imagen mirífica.....	24
Visión del prodigio.....	30
La vuelta.....	38
Despedida ...	48
Otra ruta.....	58
De camino	66
El día memorable ...	75
Horas de solaz.....	86
El regreso	94
Ofrenda obligada.....	99
«¡Spes unical».....	109



CENSURA ECLESIASTICA

NIHIL OBSTAT

Dr. Olegarius Díaz-Caneja

IMPRIMATUR

Dr. Raymundus Victorero,

G. E. (S. P.)

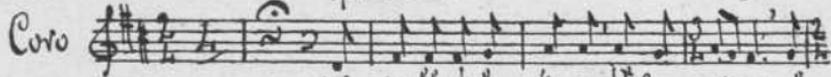
Legione 13 Mail 1922.

Himno popular de la Peregrinación Leonesa a Limpias

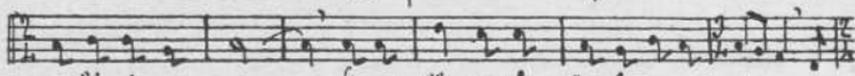
Letra de los Sres. Alvarez y Escudero.

Música del M. Uriarte.

Lento (M. = 62) *ritmo libre*



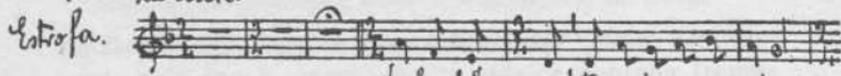
El pueblo de la Virgen del Ca - mi no el



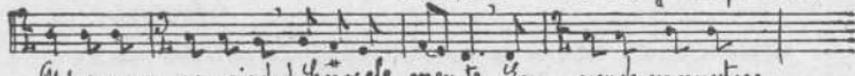
pueblo Le - o - nes - - A - qui lle - ga se - ñor hoy pere - gri no y



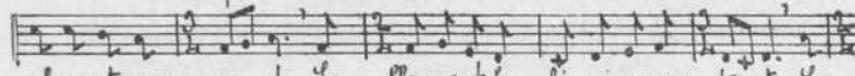
rin - de - se a tus pies y rin - de - se a tus pies. —



Vuelve, oh Se - ñor! tus o jos compa - si vos;



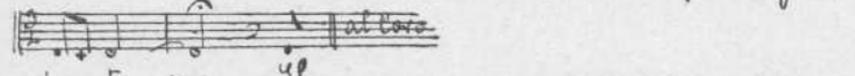
Mi - ranos con piedad; se - ñor de mente En cueda en nuestras



almas tu mi ra da La llama de la fé vi va y ar - dan te En



- cueda en nuestras almas tu mi ra da La llama de la fé vi va y ar -



den fé — El

Clávense en nuestro pecho las espinas
Que traspasan tu frente coronada
Y lave nuestras culpas esa sangre
Que surca por tu cara demacrada.

Perdón, Señor, pedimos ya contritos
Piedad, Señor, pedimos confiados
No desoigas la súplica ferviente
Del Pueblo Leonés aquí postrado.

OBRAS DEL AUTOR

Cuentos en flor.

Un rincón de Castilla, monografía histórica del Monasterio de La Santa Espina.

Comas y... puntos, juguete cómico gramatical, en donde se expone un nuevo método fácil de traducción latina.

La Iglesia y la Escuela primaria en la provincia de León, boceto histórico.

Cuando yo sea maestra..., monólogo representado en la función de gala del Cursillo pedagógico de León.

La Batuta del Papa, curiosa defensa del «Motu proprio» de S. S. Pío X, acerca de la Música sagrada (representable).

¿Libertad o libertinaje?, cuadro de brocha gorda pintado al fresco en varias escenas.

Un nuevo sistema solar, diálogo en prosa referente a la obra genial de Santo Tomás, Sol de Aquino.

De-sastres modernistas, colección de críticas literarias.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Cartas a un maestro.

Un silogismo en Bárbara y... en bárbaro, impugnación de una obra materialista.

Un poeta malogrado (Gerardo Vallejo).

Duendes del lenguaje: El le y el la.

Gramática tomística y gramática parda.

OSTAS DEL AUTOR

